

MILITARES ACADEMICOS (1752-1988)

por ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

VICENTE GUTIERREZ DE LOS RIOS

Nace en Córdoba el 8 de febrero de 1732. A los 12 años entra de alumno en la Casa de San Pablo del Real de dicha ciudad, regida por la orden de predicadores, donde estudió filosofía y teología. A la vista de sus adelantos culturales, su padre lo envía a Sevilla para que perfeccione los conocimientos del derecho civil y canónico, disciplina que se estudian en la Universidad hispalense.

Sus años juveniles se orientan hacia la carrera de las armas, aunque sin abandonar los estudios históricos y literarios.

Ingresó al servicio del Rey Fernando VI, como cadete de Dragones de Frisa, mas tarde llamados de Villaviciosa. A tal fin, se desplazó a Cádiz para entrar en la Academia de artillería establecida en al ciudad gaditana. Ascendido a subteniente el 22 de julio de 1760, queda destinado en el Tercer batallón de artillería de la misma academia. Cuando obtiene el empleo de teniente, pasa al colegio de artillería de Segovia como ayudante de profesor. Allí, permanece ocho años y escribe su primer libro, titulado «Discurso para la abertura de la clase de táctica».

En 1774, siendo el conde de Gazzola, director del Real Colegio de artillería de Segovia, reconociendo los méritos de Gutierrez de los Rios, que ya ha ascendido a capitán del Real Cuerpo, le encomienda la traducción de una obra francesa, titulada «Horas militares», para que sirva de estudio a los cadetes.

mada *elipse* y lo que se llama *perihelia* del planeta, es decir, las distintas distancias que ocupa el planeta en su recorrido con respecto al sol.

En 1779, contrajo grave enfermedad, que le llevó al sepulcro a la edad de cuarenta y siete años. Falleció el día 2 de junio del indicado año. Su vida aunque corta en el tiempo, fue fructífera en resultados.

BERNARDO DE ESTRADA

Escasos datos hemos encontrado de este militar académico. Fue hermano del Primer marqués de Casa Estrada. El archivo Militar de Segovia conserva un escrito que aporta algún antecedente sobre Estrada, del que ni siquiera hemos podido averiguar su segundo apellido, es de fecha 22 de octubre de 1764, esta firmado por el marqués de Esquilache. En el mismo, comunica a Bernardo Estrada, que el Rey se ha dignado nombrarle comisario de guerra de sus Ejércitos, ordenándole se incorpore a Mallorca, en donde el comandante general de aquellas islas, le entregará el correspondiente título de Comisario y le dará instrucciones.

Ocupó Estrada su destino a primeros del año 1765, y en abril, solicitó autorización para contraer matrimonio con Juana Fournier, que era hija del teniente coronel, Jacobo Fournier y de Ana de Agullón. La documentación remitida por Estrada, le fue devuelta para que, cumpliera lo que prevenía el reglamento del Monte Pío militar, y fuese remitida a la Superioridad, por conducto reglamentario y no directamente.

En efecto, el 30 de marzo de 1765, el Intendente Castaños transmitía un escrito, que decía textualmente: «Muy señor mío: El Comisario don Bernardo de Estrada, destinado a Mallorca se halla detenido con los sujetos que le acompañan por el motivo que expone; y dando yo por suficientes los demás que me produce, para que me haga cargo, de su súplica al Supremo Consejo de Guerra, la traslado a V.S. esperando querrá darle el auxilio que convenga para el breve y buen éxito, que desea el interesado, en las actuales circunstancias en que le vé comprometido».

El motivo que exponía Estrada y cuyo escrito acompañaba el in-

tendente Castaño, hacía referencia a que, no estando repuesto aún, de las heridas recibidas en los combates sufridos en la campaña de Portugal, y deseando contraer matrimonio antes de marchar a Mallorca, no podía hacerlo, ya que, «con motivo del gran retraso de los correos de Mallorca y dificultad de regresar desde allí, a buscar a dicha señora, siendo imposible el que ella vaya, (no viniendo yo), pues no tiene, ni tengo, quien pueda acompañarla, cuanto la poca salud de su madre no lo permite».

A estos escritos contestó desde Aranjuez el marques de Esquilache, con fecha 6 de mayo de 1765, comunicándolo lo siguiente: «Conforme el Rey con el parecer del Consejo de Guerra, ha venido en conceder la licencia que han solicitado para casarse, don Felipe Rodríguez, capitán del regimiento de infantería de Guadalajara, con doña Antonia del Campo; *Don Bernardo de Estrada, Comisario de los Reales Ejércitos, con doña Juana Fournie*; y don Juan de Salaverría, alférez de navío de la Real Armada con doña Isabel Sánchez: pero en caso de quedar alguna viuda, no tendrá derecho a las pensiones del Montepío, a menos que su marido muera en función de guerra».

El comisario de guerra Estrada, ingresó en la academia de Buenas Letras el 10 de noviembre de 1752, a poco de fundarse la indicada corporación, ocupando el n.º 42, del escalafón general. El 19 de enero del año siguiente, debía pronunciar su oración gratulatoria, especie de discurso con el que se acostumbraba a agradecer y aceptar, haber ingresado en la indicada corporación, pero en esta ocasión, encontrándose Estrada ausente de Sevilla, debido a su profesión, el discurso fue leído por el Secretario de la Junta, que lo era Gálvez.

LUIS PEÑARANDA HARO

En la junta de la Real Academia de Buenas Letras celebrada el 8 de junio de 1753, el secretario Sr. Gálvez hizo constar: «Habiéndose propuesto para académico honorario a Don Luis Peñaranda Haro, Asesor de la Real Armada con destino en Almería, se votó y acordó se leyese el Memorial, el cual leído se sometió al académico Censor».

En la sesión del 22 de junio, fue leído el informe del Censor sobre las pretensiones de Don Luis Peñaranda y no existiendo ningún impedimento el director Sr. Germán ordenó se pasase a votación. Realizada esta, quedó admitido como académico honorario, correspondiéndole el número general 48, acordándose comunicarlo al interesado para que prestara el juramento correspondiente.

En efecto, en la junta celebrada el 11 de agosto del mismo año, entre los temas tratados, el secretario Sr. Gálvez, leyó una amplia y cariñosa carta del Sr. Peñaranda, disculpándose de no poder asistir personalmente al juramento como académico, por impedírselo su servicio, pero formulando el indicado juramento por escrito, y remitiendo la oración gratulatoria de rigor, que igualmente fue leída. Se acordó dar por buena la gestión realizada por el nuevo académico, y que figurase como tal.

En cuanto a su graduación militar, solo ha podido averiguarse que fue Asesor de la Real Armada Española.

ANTONIO ALVAREZ BARBA

Su ingreso en el ejército se produce el año 1746, perteneciendo al arma de Ingenieros. Tan escasos son los datos adquiridos de la vida militar de nuestro personaje, que nos limitaremos a reproducir el único escrito que hemos encontrado en los archivos.

Siendo Antonio Alvarez, coronel de Ejército y coronel de Ingenieros en el puesto de director de los Reales Ejércitos, elevó con fecha 24 de junio de 1784, un escrito, al teniente general Sabatini, que era inspector general de ingenieros, para que lo hiciera llegar a las manos del Rey Carlos III en el que, hacía referencia a los 38 años de servicio en el Ejército, habiendo interviniendo en numerosas acciones de guerra y comisiones importantes, como podían afirmar los generales a cuyas ordenes las había servido. El escrito agregaba textualmente lo siguiente: «y siendo destinado al sitio de Gibraltar, hallándose de Primer jefe del Cuerpo, y teniendo a su cargo la segunda brigada, concurrió a todos los trabajos arriesgados, hasta el fin de la campaña; por lo que a V.M., Suplica humildemente, se digne exonerarle del sonrojo que, ha recibido, en ver ascendidos al grado de brigadier, a tres coroneles más modernos que él, en grado

y empleo, concediéndole en premio a sus fatigas el grado de brigadier. Gracias que espera de la piedad de S.M.». No hemos podido averiguar si Alvarez Barba, recibió contestación a este escrito.

Su ingreso en la academia de Buenas Letras, como honorario, tuvo lugar el 17 de agosto de 1753, y le correspondió pronunciar la oración gratulatoria el 25 de agosto del mismo año, siéndole asignado, el número 50, del escalafón general.

JUAN BUSSY CHAPELAS

Nacido en Milán (Italia) en 1690, solicitó su ingreso como voluntario en el ejército español a los 12 años. Como soldado de artillería, forma parte, en las batallas de Luzara, Cassan, y otras; distinguiéndose en la del sitio y toma de Turín. En abril de 1709, recién cumplidos los diez y nueve años, asciende a sargento de artillería. Al año siguiente obtiene el empleo de subteniente, trasladándose a España. Destinado al Ejército de Levante, interviene en las conquistas de Alcoy, Tortosa, Denia y Alicante. Posteriormente, tras haber asistido al sitio y toma de Barcelona, donde ascendió a teniente en 1717, su unidad es incluida en la expedición a Mallorca. Trasladado a Cerdeña, interviene en el asalto a la ciudadela de Mesina, en Sicilia, donde fue herido.

En febrero de 1729, asciende a capitán y es considerado apto para el empleo, asignándosele el mando de una batería. Luce sus aptitudes y valor, en las acciones que se desarrollan en la isla de Sicilia durante los sitios de Melazo, Francavilla.

A partir del año 1732, en la expedición a Italia, realiza importantes cometidos en el sitio de Castelmoro, importante bastión del reino de Nápoles. En esta operación, perdió el dedo pulgar de la mano izquierda, a consecuencia de un golpe de mazo durante la construcción de un emplazamiento para su batería, al objeto de intervenir contra dicho castillo. Vuelve a Sicilia y actúa, con su reconocida experiencia en Siracusa.

Regresa a España, permaneciendo algún tiempo en Cádiz, desde donde pasa a la Real Fábrica de pólvoras de Granada, siendo nombrado por el Rey, Veedor de las Reales Fábricas. A su retiro se establece en Sevilla donde fallece.

Propuesto para académico honorario el 18 de diciembre de 1754, a la edad de 64 años, se votó su ingreso el 24 de enero del año siguiente, siendo admitido. No pudiendo desplazarse a Sevilla para tomar posesión de la plaza de académico, cuyo número de escalafón era el 59, juró por carta, fechada el 25 de febrero de 1755, en Granada. La comunicación fue leída el 7 de marzo, aportando además su oración gratulatoria, agradeciendo con elocuentes palabras, la distinción de haber sido elegido académico de las Buenas Letras de Sevilla, incluyendo un encendido elogio al Rey Felipe V, llamándolo, animoso, amante de las ciencias y compendio de todas las virtudes. El fundamento de su discurso lo fundamentó, en el «oceano inmenso de las verdades infalibles».

SEBASTIAN VAN DER BORCHT

En el primer libro de actas de esta Real Academia, figura en el folio 106 vuelto y el 107, la sesión correspondiente al viernes, tres de febrero de 1758, que entre otras cosas, dice: «El Sr. director don Luis Germán, propuso que pretendían entrar para académicos honorarios, don Sebastian Van der Borcht, capitán e ingeniero ordinario de los Ejércitos y Plazas de S.M. y encargado por Real Orden de la dirección de la fábrica nueva de tabacos, y don Cándido Trigueros de Lara, de quienes estaban tomados los correspondientes informes, y habiéndose votado la proposición, salió acordado que cada uno presentase su respectivo Memorial, el que en efecto se presentó, leyó, y pasó al Sr. Baquero que hacia oficio de censor interino, para quien habiéndose puesto el informe de no ofrecer reparo en dichas pretensiones, se pasaron a votar sucesivamente y quedaron recibidos ambos pretendientes para académicos honorarios, de cuya admisión se les pasará por secretaria el aviso regular para que, acudan a tomar posesión de sus plazas, como está acordado».

En efecto, en la Junta del día once de febrero, el Sr. Van der Borcht, realizó el juramento acostumbrado, que le fue recibido por el secretario, don Antonio de Cortés, haciendo igualmente votos de defender el Ministerio de la Inmaculada Concepción. A continuación de tomar asiento en el lugar que le fue asignado, leyó su oración gratulatoria. Le fue asignado el número 83 de la general. El

día 4 de marzo de 1758, el Sr. Van der Borch, leyó un interesante trabajo que llevaba por título: «La utilidad de las matemáticas y su universidad».

Comenzó diciendo que «La matemática, según su etimología, es lo mismo que doctrina y disciplina, é universal a todas, y su objeto, la cantidad mensurable en cuanto se dice, mayor, menor ó igual, trata particularmente en la Geometría, Aritmética y Estática (conjunto de leyes del equilibrio). Por lo que dijo Platón que Dios la ejercía en todas sus obras y Salomón, que la sabiduría infinita había dispuesto esta gran fábrica del Universo, en medida, número y peso».

Tras desarrollar los argumentos de su estudio, terminaba su discurso con un párrafo muy original, en el que decía:

«La matemática es necesaria, útil e universal, bien lo acredita cuando se ha expuesto y que sin su auxilio serían muy estériles todas nuestras ideas y operaciones, pues sin la aritmética, ¿como se conservarían los caudales? Sin la geometría, ¿cómo los pueblos pudieran mantener en sus límites con armonía sus heredades? Sin el algebra, no se hubiera conseguido la sutileza y perfección de las demás partes; sin la trigonometría, medir los cielos; sin la maquinaria, mover tan inmensos pesos y tantas ventajas que facilitan cuanto necesitamos y usamos; y sin ella la estática óptica, catóptrica y dióptrica, no se hubiera logrado los progresos de la física experimental, pues excepto algunas formalidades metafísicas, todo lo que ocurre en ella, toma de la matemática su origen. Sin la hidráulica, no lograrán tantas utilidades los pueblos en su comercio, fábricas, canales, ni muchos como los holandeses, resistir a la furia de las aguas, por sus diques y esclusas, logrando por este medio el mas feliz comercio y ser casi inconquistable su País; sin los telescopios y microscopios, anduvieran como ciegos los filósofos en los orbes celestes y en el conocimiento de los animales y vegetales; ¿cómo el pintor hiciera sus paisajes sin la perspectiva?; ¿cómo el arquitecto arreglaría los edificios? ¿cómo sin la arquitectura militar detuvieramos las invasiones bélicas? ¿como sin la Estática se gobernarían los ejércitos? ¿cómo sin geografía conoceríamos el globo terraqueo y sus diferentes dunas? ¿cómo sin la náutica se navegaría y se lograría tantos ventajosos partidos en el comercio? ¿cómo sin la Astronomía, se pudiera arreglar los tiempos, las estaciones del año y las festiva-

des? Pues no hay nación tan bárbara que no las celebra recurriendo a la mutación de los astros y la religión cristiana no guía los móviles sin concertarse, con los celestes movimientos por lo que no nos debe causar admiración, haber obtenido siempre los verdaderos matemáticos tanta honra y estimación de los Reyes y Principes, pues los siracusanos tenían a Arquímedes en concepto tan elevado, que le miraban por su vigilancia y ciencia, como la felicidad de todos los ciudadanos, todo nos hace concluir, que la matemática es ciencia necesaria, útil y universal».

Transcurrido unos meses, en la sesión del 28 de septiembre del mismo año, la junta de Gobierno de la Academia tomó el acuerdo de pasar al Sr. Van der Borch, al título de académico supernumerario, en atención a los méritos contraídos por su desinteresada labor a favor de la Academia.

Entre estos hechos, cabe destacar la construcción en el Alcázar de Sevilla, de una galería y escalera, con una puerta pequeña que comunicaba con el exterior, con miras a la ampliación y mejora de los locales utilizados por la Academia de Buenas Letras.

Posteriormente, encontrándose en Madrid, realizó gestiones ante la Corte para que le fuese concedido a la Academia, el entresuelo que pisaba sobre la nueva galería del baño de doña María de Padilla. En efecto, en carta fechada el 12 de abril de 1760, y escrita por el ministro don Ricardo Wall, se dirigía a don Miguel de Aguirre, teniente alcaide de los Reales Alcázares, comunicándole la Real Orden, por la cual, se hacía efectiva la comunicación anteriormente indicada.

Tres años más tarde, en 1763, proyectó la construcción de la Real Casa de la Moneda de Sevilla, así como su fachada, que varía con la que actualmente existe, en el sentido de que, en vez del amplio balcón que figuraba en el proyecto de Van der Borch, ahora figura un hermoso escudo de la España de la época.

MARCOS KEATING

Este joven, de procedencia irlandesa, llega a España a comienzos del siglo XVIII. Ingresa como voluntario en la artillería española, adquiriendo rápidos conocimientos del arma, lo que le permiten in-

gresar de cadete en el colegio de artillería en Segovia. Terminado sus estudios, sale con el empleo de teniente en 1748, siendo destinado al regimiento de Ultonia. Transcurridos nueve años, tras intervenir en numerosas acciones militares, se le envía a Sevilla con el empleo de comisario extraordinario de artillería. Ejerce con eficacia su cometido y es elegido como ayudante mayor del batallón de artillería, establecido en la capital andaluza. Pero su espíritu aventurero y dinámico, le mueven a pedir destinos apropiados a sus aficiones. En efecto los consigue, y en ellos desarrolla sus cualidades.

Combate en Italia, en el ejército, que mandaba el marqués de Moya, demostrando su valor en los ataques a la montaña de Montenoglio en Génova, que tuvieron lugar el mes de julio de 1768.

La actuación de Keating, mereció el calificativo de su jefe, de ser un «oficial, de reconocido valor, buena capacidad y excelente inteligencia para conducir tropa».

El 22 de junio de 1771, asciende por méritos de guerra a capitán de artillería en la clase de *suelos*, es decir que no formaba cuerpo. Fue destinado al Estado Mayor de la artillería. Cuando asciende a comandante de artillería pasa a Nueva España, siendo encargado de la Maestranza, que se estableció en Méjico, firmando en julio de 1786, una importante contrata de maderas para la confección de cureñas.

Con fecha 4 de marzo de 1758, solicitó ingresar en la Academia de Buenas Letras. Una semana después fue admitido, realizando como era costumbre, su juramento de defender el Misterio de la Inmaculada Concepción y observar y cumplir los Estatutos en calidad de Honorario. En la oración gratulatoria que pronunció, se refirió a la utilidad de las catapultas y otros ingenios artilleros de la antigüedad, comparándolas con los morteros y cañones de la época. La disertación fue muy bien acogida, tras ser censurada por el académico don Livino Leyrens.

Seguidamente, fue encargado por la Academia, para que censurase la disertación del Padre Maestro de la Orden de la Santísima Trinidad, Reverendo Fray Pedro de San Martín Uribe, pronunciada el 24 de marzo de 1759. Leyó Keating su censura, el día 8 de junio.

Fray Pedro San Martín, era profesor jubilado en Sagrada Teología y catedrático de Astronomía de la Universidad. Fue una disertación importante, sobre física astronómica y la carta 20, del tomo 3.º, del P. Feijoo, donde se pretende demostrar, una siniestra inte-

ligencia de dicho *eruditismo* (sic) padre, sobre la observación de Cristiano Huyhens en la distancia de la Tierra al Syrius, estrella de primera magnitud.

Tras un metódico estudio de las ideas desarrolladas por el Padre Uribe, con interesantes aclaraciones, terminaba Keating diciendo: «He llegado al final de la disertación del P. Maestro y por consiguiente al de mi censura. Si en todo el discurso he manifestado mi insuficiencia, tendré a lo menos la satisfacción, de haber al mismo tiempo mostrado mi celo, mi respeto y la rendida obediencia, con que me gloriaré siempre de ejecutar, los preceptos de que se digna la corporación en honrarme».

Con fecha 22 junio del indicado año 1759, leyó Keating un ensayo, que llevaba por título, «De la utilidad de la Historia y de algunas cosas que se deberían observar ú omitir tanto en su composición como en su lectura».

En este trabajo, Keating, exponía su criterio sobre las reglas que deberían seguir a su entender, aquellos que escriben sobre Historia en general, para que los lectores de dichas obras sacasen mayor provecho.

Su criterio resumido, se concentraba en estas ideas:

- Examinar con mucha reflexión las causas de los sucesos, lo que les precedió, medios que se eligieron para su efecto y sus deducciones.
- No omitir nada de lo que pueda hacer la lectura agradable.
- No dejarse llevar por lo maravilloso, y propugna, que antes de convencer al corazón, debe hacerse a la razón; con lo cual, además el lector no pierde el tiempo.
- En las descripciones de las guerras, deben evitar las exageraciones de los novelistas.
- Aprender de los errores ajenos.

Por último aconseja, que concreten y narren los hechos como son, y se liberen de las dos clases de falsedades: las que proceden de la ignorancia del autor y las que se dicen concienzudamente.

Este interesante trabajo, fue censurado por la academia a través de los Sres. don Fernando Salvador Narbona y don Livino Ignacio Leyrens. Posteriormente tuvo la respuesta de Keating, aceptando

algunas de las objeciones de la censura y rebatiendo otras. Terminaba su réplica con estas palabras: «Creo haber respondido a todas las objeciones que en el discurso de su censura me propusieron los Sres. censores; si hubiera dejado alguna sin respuesta satisfactoria me hallaran siempre pronto a darla sin ambigüedad. Suplico pues a los Sres. don Fernando y don Livino, se dignen comunicarmelas, en el seguro que las recibiré con gratitud y me esforzaré a traerlos a mi sentir, cuando lo creyere bastante justo para ser demostrable, por razones que lo abonen, pero nunca por voces que lo hagan sospechoso».

El 10 de octubre de 1760, pasó a supernumerario, ocupando el número 87 del escalafón general.

A la muerte de la Reina María Amalia de Sajonia, le correspondió representar a la corporación en el elogio fúnebre que realizó el 14 de febrero de 1761. El informe que emitió el académico censor, Padre Pedro de San Martín, hizo resaltar, la belleza y contenido del trabajo realizado por Keating.

CARLOS PONCE DE LEON Y BAEZA

Nació en Baeza (Jaén), el año 1741. Al cumplir los quince años ingresó como cadete de Cuerpo en el arma de Caballería. Se denominaban *cadetes de Cuerpo*, a los jóvenes, que ingresaban voluntariamente en un regimiento para instruirse como oficiales, bajo la dirección de un capitán denominado Maestro de cadetes. Este sistema copiado de Francia, se estableció en España desde mediados del siglo XVIII, y constituyó la norma general para la formación de oficiales de infantería y caballería, hasta bien entrado el siglo XIX. En cambio los cuerpos de artillería e ingenieros, desde principios del XVIII contaron en España, con excelentes centros de instrucción. Superados por Ponce de León, los estudios y aprendizajes impartidos en la academia, fue nombrado alférez de caballería en agosto de 1756, siendo destinado al regimiento de caballería de Ordenes. En dicha unidad permaneció siete años, interviniendo en la campaña de Portugal y toma de Almeida. Ascendió a teniente cuando ha cumplido los 22 años. Se incorpora al regimiento de Malta, que figura entre los que constituyen la expedición a Argel. Nombrado capitán, es elegido *Edecan*, es decir ayudante de campo, por el

general Ricardo, que era el Inspector General de Caballería. Al efectuarse el desembarco de tropas y caballos en Argel, el 8 de julio de 1775, una bala le rozó una pierna, dejándole una profunda huela, de la que tuvo que ser hospitalizado. Volvió a su puesto una vez recuperado, demostrando con su lucida actuación, gran ingenio y valor para el combate, lo que, indujo al general Ricardos a anotar en la hoja de servicios de Ponce de León, el siguiente informe: «Este oficial tiene superiores talentos, valor acreditado y sereno, aplicación e instrucción sobresaliente y conducta irreprochable».

Alcanzó Ponce de León el grado de sargento mayor, perteneciendo al regimiento del Rey, donde permaneció hasta 1776 en que, ascendió a teniente coronel, siendo destinado al regimiento de caballería de Calatrava.

Entre las cualidades que se anotan en su hoja de servicio, figuran, la de: Valor, experimentado; aplicación, acreditada y de notoria instrucción; capacidad, sobresaliente y conducta, muy loable.

Su ingreso como académico tuvo lugar, el 3 de abril de 1761, correspondiéndole el número 95 del escalafón. El trámite seguido por Ponce de León, consistió, en presentar un Memorial con sus méritos. Una vez informado por el Censor, fue propuesto a votación siendo admitido como académico honorario. Pronunció la oración gratulatoria, que era protocolaria, el día 16 de abril de 1761, quedando esta en poder del secretario, don Antonio Cortes, para su archivo.

El 19 de enero del año siguiente, el Sr. Ponce de León, que sólo tenía 20 años de edad, leyo su oración gratulatoria, que versó sobre «El ayuno cuadregesimal, es conducente a conservar la salud y alargar la vida».

Con ello quedó incorporado a la Corporación académica sevillana.

MIGUEL RUBIN DE CELIS

Cuando Rubin de Celis hubo cumplido quince años, ingresó como cadete en el Colegio-Academia de artillería de Segovia inaugurado en 1764, siendo su director el Conde de Gazzola, a la sazón teniente general de los Reales Ejércitos, e Inspector General del

Cuerpo de Artillería, el cual, hizo llegar un escrito al marqués de Esquilache, Secretario del Despacho de Guerra, informándole que aquella noche habían dormido en colegio sesenta cadetes. El cuadro de profesores lo componían: Subdirector del colegio, el brigadier Rundensindo Tilly, comandante del departamento de Segovia; profesor primario, el Padre Antonio Eximeno, S.J.; segundo profesor Lorenzo Lasso, capitán del cuerpo; tercero, Jorge Guillelmi, capitán; director espiritual, Padre Isidoro Cervantes S.J.; cirujano, Miguel Manrique de Lara; maestro de Lenguas, Domingo Gosellini y maestro de armas, Mateo de Orange. La compañía de cadetes la mandaba el teniente coronel Matias de la Muela, con un capitán ayudante, Joaquín Mendoza y dos tenientes, Alejandro Ferrer y Vicente Gutiérrez de los Ríos. Entre los 60 alumnos, figuraba *Miguel Rubin de Celis*, que fue promovido al empleo de subteniente, el 5 de octubre de 1765.

El uniforme de los cadetes era: casaca azul turquí, con vueltas y collarín de color rojo; en los hombros una charretera de trenza de oro con borla. Las vueltas de la casaca cuadrada y estrechas. La chupa color grana. El calzón azul. El sombrero con galón de oro mosquetero, las alas no sobresalían de la copa mas que medio dedo y el pico de delante no era muy ancho.

Al día siguiente, diez y seis de mayo, tuvo lugar la solemne inauguración del colegio de artillería. A la misma asistieron las autoridades civiles y militares y representación de S.M. el Rey Carlos III. Pronunció el discurso inaugural, el Padre Antonio Eximeno S.J. sobre el tema: «*La necesidad de la teoría para desempeñar en la práctica el servicio de S.M.*».

Miguel Rubin, promovido al empleo de teniente de artillería el 17 de febrero de 1772, fue destinado a Melilla, donde permaneció un año de servicio en aquella guarnición. Pasó destinado a Sevilla como jefe de taller de la fundición de cañones, cuando era director del establecimiento militar, el coronel Raimundo Sanz y Domínguez, ilustre artillero, que fue quien inició la verdadera regiduría técnica de la Fundición por los jefes del cuerpo de artillería que, procedentes, de los colegios de matemáticas de Cádiz y Barcelona, dominaban ya los conocimientos más profundos de este medio y estaban a la altura científica de los fundidores extranjeros.

Transcurren tres años en este destino sevillano, y el 27 de enero de 1776, le fue concedido el pase, que había solicitado voluntariamente, a la Marina, en calidad de teniente de fragata, con la especialidad de artillero. Esta determinación la tomaría Rubin de Celis al conocer el informe que, le anotó su coronel en la Hoja de Servicios, el año 1775. Decía así: «Este oficial tiene gran talento, pero poco inclinado al servicio de artillería, desdeña el trato con sus compañeros y no repara en criticar a sus superiores; de suerte que pudiera ser un sobresaliente oficial de artillería, como se dedicara a ello».

Siendo subteniente de artillería y caballero de la Orden de Santiago, fue propuesto académico de Buenas Letras, el 1 de diciembre de 1769 y admitido el día 22, ocupando el número 120 del escalafón.

JORGE JUAN GUILLELMI DE ANDRADA

Nació en Sevilla en 1734, iniciando sus estudios durante los años infantiles, en las disciplinas del latín y el arte. Su precoz vocación militar, le permitió tras la dispensa de edad, ingresar de cadete en el regimiento de infantería de Bruselas a los diez años, cuando lo normal en esta época era, hacerlo como mínimo con doce años. En esta situación estuvo aprendiendo la carrera de las armas hasta que, en 1755, pasó al regimiento de infantería de Flandes. Diez años más tarde, ingresaba en el Colegio de artillería de Segovia, y se graduaba como teniente del Real Cuerpo, siendo destinado a un regimiento de los que combatían en la guerra contra Portugal. Transcurren los años y dada su actividad y bien hacer, asciende hasta el empleo de coronel del Ejército, aunque permanece con el grado de capitán facultativo de artillería, ya que las escalas facultativas eran de contingentes más pequeño, y los ascensos tardaban más tiempo en producirse que los que ocupaban la Escala General del Ejército. Durante catorce años, ejerce el empleo de capitán de artillería, empleando algunos de ellos, en desarrollar la cátedra de matemáticas en el colegio de artillería de Segovia. Para perfeccionar sus conocimientos artilleros y comisionado por la Superioridad, se traslada a las principales capitales europeas donde existen fábricas e instalaciones militares, y de artillería. Lo hace en compañía de otro efi-

ciento artillero, don Tomás de Morla Pacheco. Realizan el estudio e información de dichos centros militares, para mas tarde aplicarlos en España.

Estos numerosos viajes, tienen lugar durante los años de 1787 a 1792.

Una vez que Guillelmi asciende a teniente coronel de artillería, interviene con eficacia en la campaña del Rosellón, donde es herido gravemente por una bala, que le atraviesa el pecho, salvando la vida milagrosamente. Dos años después, al ascender a teniente general de Ejército se le concede el mando de la Capitanía General de Aragón.

Como hechos sobresalientes realizados por Guillelmi, figuran las importantes construcciones que dirigió durante el sitio de Gibraltar en los años 1779 a 1783, principalmente en lo referente a emplazamiento de morteros y piezas de artillería de grueso calibre.

Entre los informes que figuran en su hoja de servicio se recoge uno del general Lacy que de su puño y letra, dice: «Este es un oficial facultativo de excelente instrucción y laboriosidad, muy a propósito para cualquier encargo. Está viajando de orden del Rey en los países extranjeros y a su regreso traerá noticias comprobadas, que serán muy útiles a este cuerpo, como lo indica la correspondencia desde que está ausente».

En 1796 encontrándose muy delicado de salud debido a su mucho trabajo y heridas que había recibido, el Rey Carlos IV, le concedió cuatro meses de permiso en Madrid para que recobrara la salud «*sin intermisión de tiempo y con todo el sueldo*», y fue ascendido a coronel efectivo de artillería.

Su labor literaria quedó reflejada en varios libros de viajes y otros dedicados a la técnica militar y especialidad de la artillería según los datos y noticias recogidos en sus visitas a establecimientos militares europeos.

Se propone su ingreso en la Academia de Buenas Letras, como académico honorario, el día 29 de mayo de 1772, correspondiéndole el número 143 del escalafón. En dicha fecha, siendo teniente del Real Cuerpo de artillería, leyó en junta académica su Memorial, el cual pasó al académico Censor para su informe. El día 5 de junio informó el Censor, no existir reparos para su elección, procediéndose a la votación estatutaria, siendo elegido. Una vez realizado el ju-

ramento, Guillelmi, pasó a ocupar el lugar que se le había designado, leyendo a continuación la Oración Gratulatoria en la que además de dar las gracias por su admisión, dijo: «Uno de los mayores obstáculos que se me presentaban para intimidarme a ingresar en esta academia, era mi profesión: bién conozco que las Armas no son incompatibles con las Letras, como el vulgo cree, y aún el vulgo de los sabios, que también entre ellos los hay: con todo no es la carrer a más conforme para el cultivo de ellas. Aquel retiro, sosiego y constante aplicación que piden, se halla de continuo interrumpido por las obligaciones de una profesión, que trae consigo el trabajo general, la inquietud y un orden de tiempo, por lo común, siempre alterado para sus funciones, sin haber instante seguro. A la verdad, los militares que han llegado al grado de sabios, parece que son acreedores a mas estimación que la que se tributa a todo docto, ó a ser mirado con alguna indulgencia, pues supieron aprovechar los instantes utiles de una vida tumultuaria».

«Si la Patria tiene alguna obligación en la instrucción de sus hijos, yo que me hallo con la honra de haber tenido por cuna a esta ciudad, tengo también en la de haber instruido por ella, y aumentaré esta obligación, mas a la de patriota».

Finalmente, comentó la importancia de los militares, tanto griegos como romanos, que lo mismo sabian cubrirse con arneses que con togas.

En sesiones posteriores, el Señor Guillelmi, presentó a la academia nuevos trabajos que fueron muy bién acogidos, entre otros, una hermosa Oda a la Naturaleza.

MANUEL DE LAS CUENTAS Y ZAYAS

Este marino sevillano, nació en 1734. Su ingreso como guardia marina en la Real Armada tuvo lugar el verano de 1754. A las ordenes del marqués de la Victoria y del almirante Agustín Idiaguez, navegó por todos los mares del globo, recorriendo Europa y América.

Alcanzado el empleo de capitán de navio, al cumplir 50 años, fue destinado como vocal en la Secretaría de Estado, y distinguido como secretario de capa y espada del Consejo Supremo de la Gue-

rra. Diez años más tarde ascendió a brigadier, empleo, que en la Marina se conoce con el título de Contra-almirante.

Siendo teniente de fragata y caballero de la Orden de Santiago, fue propuesto para académico honorario de la Real de Buenas Letras con el número 150. Era el día 26 de noviembre de 1773. En dicho día leyó su Memorial, especie de Currículum Vitae, en el que se hacía constar cuales eran sus valores literarios y las aportaciones que podría dar a la academia. Dicho Memorial le fue entregado al Censor para que lo estudiase y proporcionara a la corporación el informe correspondiente. Esta ceremonia tuvo lugar el 7 de diciembre, en la que, siendo favorable el informe del Censor, se procedió a la votación, del nuevo académico, que dio como resultado la admisión de don Manuel de las Cuentas Zayas, el cual, tras, realizar el juramento de cumplir los Estatutos y ser fiel asistente a las Juntas, leyó su Oración Gratulatoria, que fue muy emotiva y en la que mostró su reconocimiento a los académicos por el honor que le hacían, especialmente a su director, don Luis Germán. Seguidamente, entró en el tema de su discurso, haciendo un recorrido por algunos españoles famosos, que supieron aportar su ciencia a la grandeza de la Patria. Finalizó su disertación, estimulando a los españoles, a no sorprenderse de los adelantos de otras naciones, ya que España disponía de sabios suficientes para ponerse a la cabeza de cualquier nación.

El 10 de setiembre de 1752, leyó la censura que en unión del académico don Sebastián Antonio Cortes, habían realizado sobre la Oración gratulatoria, aportada por don Vicente Gutierrez de los Rios, el día 26 de agosto del mismo año. Entre otras cosas, informaban, que el discurso del Sr. de los Rios:

«Esta ordenado, con bella proporción y abundan los conceptos solidos y agudos: pero como al mismo tiempo advertimos, ser una de aquellas piezas, que casi tienen por alma la retorica y en cuya composición parece ocupa el primer lugar la elegancia del lenguaje y pureza de la dicción, no será extraño nos hayamos creidos precisados a examinar esta parte mas menudamente, con arreglo a las leyes que dan los maestros del arte de decir bien».

Al comentar los reparos encontrados decían, que lo harían basándose en «las tres virtudes cardinales, que debe tener toda oración, a saber: *corrección, claridad y ornato*».

El primer reparo y el más importante, lo refieren diciendo que: «hallamos algunas obscuridades o dureza en frases, cuyo significado exprimido al torno de una buena prosa, o nada dice, o envuelve alguna impropiedad».

Al año siguiente, Cuentas Zayas, leyó el 30 de octubre, un Elogio dedicado al Rey Nuestro Señor, don Fernando VI de Borbón. Este trabajo pasó por la censura de los académicos don Luis Germán Ribón y don Fernando Salvador Narbona, marqués de Carrión.

En dicho trabajo, el autor resalta las virtudes y valores que adornan al Rey, ocupándose de sus méritos en diferentes aspectos, así como la protección a las Letras, el amor a la sabiduría y el canto a su religiosidad, recuerda la valiosa ayuda que el Rey dispensó a la Academia y su protección, concediéndole utilizar para sus reuniones una sala de su Alcázar y Palacio y a cuyo noble inclinación debe la Academia su ser. Los censores dieron por buena y sin reparos de ningún tipo, el Elogio, presentado por Cuentas Zayas.

JOSE M.^a RODRIGUEZ MENDOZA

Pocos son los datos que figuran en su Hoja de Servicio. Entre ellos, indican, que su *País* de origen, fue Sevilla, y que a los 16 años, en 1774, ingresó como cadete en el regimiento de Dragones del Rey. De ello, se deduce, que debió nacer en 1758. En dicho documento se hace constar que, permaneció dos años en el indicado regimiento, pasando a continuación a formar parte de la escuadra que mandaba el almirante Felix Antonio Boza, donde alcanzó el empleo de teniente de fragata, con fecha 12 de abril de 1776. Hasta aquí sus datos militares.

Su ingreso en la Academia de Buenas Letras, señala el 17 de febrero de 1775, con el número 159, lo que nos hace suponer, que fue el mas joven de los académicos de nuestra corporación ya que sólo contaba 17 años. En el libro de registro de la Academia figura como cadete del regimiento indicado y profesor de matemáticas.

En el acta correspondiente a la Junta de dicho día, se hace constar, que el Censor informó favorablemente sobre el Memorial presentado por Rodríguez Mendoza y que en vista de ello, se procedió

a la votación reglamentaria. El escrutinio realizado fue unánime para su admisión, siendo felicitado por el director y a continuación por los demás académicos, que exaltaron sus virtudes y su juventud.

MIGUEL RANGEL

Militarmente, sólo nos consta que era alférez de caballería del Regimiento del Rey, cuando fue admitido como académico en Buenas Letras.

El hecho tuvo lugar, en la junta del 22 de noviembre de 1775. El director de la academia, don Luis Germán Ribón, propuso la solicitud para académico honorario a favor de don Miguel Rangel, acordándose que presentase su Memorial. Una vez recibido el Memorial, fue leído por el autor, en la sesión del día 29 de noviembre, siéndole entregado al Censor para su informe.

En la junta del 13 de diciembre, el académico Censor dió cuenta de que, el Memorial presentado por el Sr. Rangel era favorable, por lo que el director autorizó la votación correspondiente, que dió positivo resultado, quedando admitido.

Dicho resultado le fue comunicado a don Miguel Rangel para que, a la brevedad posible realizara el juramento de aceptación y la oración gratulatoria; pero curiosamente no figura en ninguna de las actas siguientes, que este requisito fuese cumplimentado, desconociéndose si no lo hizo ó tal hecho no fue debidamente anotado. A pesar de ello, el Sr. Rangel figura escalafonado como académico con el número 164.

MANUEL GODOY ALVAREZ DE FARIAS RIOS SANCHEZ ZARZOSA

Nació en Castuera, Badajoz, el 12 de Mayo de 1767. Sus padres, eran de noble ascendencia, aunque parcos de fortuna. Una vez que Manuel hubo adquirido los suficientes conocimientos de matemáticas, humanidades y filosofía, demostrando gran afición al estudio, y despejando talento, acordaron enviarlo a Madrid, junto a su her-

mano mayor, que era Guardia de Corps. Manuel tenía 17 años cuando ingresó en la indicada unidad militar, dedicada a guardar y hacer los honores al Rey.

La gallarda presencia, y el don de gentes del pequeño Godoy, le permitió ingresar en el mismo cuerpo que su hermano. No perdió su afición al estudio, y lejos de seguir la vida desenfadada y bohemia de sus compañeros de armas, dedicaba las horas libres al estudio de reglamentos, y tácticas militares. Pronto logró cautivar el animo del Rey Carlos IV y bajo la protección de la Reina Luisa María, comenzó una carrera vertiginosa de ascensos y distinciones. En 1788, a los 21 años, era nombrado capitán de una de las compañías de Guardias de Corps. Tres años más tarde, ayudante general de todo el regimiento y poco antes de cumplir los 25 años, fue distinguido con el empleo de teniente general, convirtiéndose en el hombre más influyente de la Corte. Transcurrirían sólo unos meses, cuando sucedió al conde de Aranda, que era el primer ministro del gobierno de S.M. Los motivos de tan rápido encumbramiento son atribuidos a sus «non santa» relaciones con la Reina. Nos abstendremos de profundizar en tan enojosa cuestión, ajenas al propósito de este trabajo y del que ya se han ocupado otros autores. Lo que realmente esta en contra de lo que se ha propalado es, que Godoy, dió siempre prueba de una madurez de juicio y solución a los problemas, empleando un tacto y madurez muy superior a lo que podría esperarse de su edad. Resulta disparatado, explicar la caída de Floridablanca y Aranda como solo una maniobra de la Reina a favor de Godoy; es un argumento demasiado simple, dado el rechazo que la Revolución francesa tenían, para los viejos ministros de Carlos III.

La paz con Francia el 22 de julio de 1795, conocida como la Paz de Basilea, confirió a Godoy el título de Príncipe de la Paz, Grande de España y Toison de Oro. Las represalias inglesas pronto se dejaron sentir, y Godoy se vio involucrado en una corta guerra, que tuvieron resultados desfavorables para España. Exceptuando la victoria de St.^a Cruz de Tenerife, en la que Nelsón perdió el brazo derecho, quedó al descubierto, que a Godoy le faltó experiencia para desempeñar con acierto un cargo de tanta responsabilidad como el dirigir la guerra contra Inglaterra.

Pero Godoy, lejos de romper con su política, comprendiendo que

la situación de España necesitaba el concurso de sus hombres mas eminentes, llamó a su lado a Jovellanos y a Francisco de Saavedra, nombrándoles, Secretario de Estado y al segundo Ministro de Hacienda.

En la guerra contra Portugal que comenzó el 20 de mayo de 1801, conocida en la historia con el nombre de *Guerra de las Naranjas*, Godoy ostentó el cargo de generalísimo de los ejércitos, español y francés, y dirigió personalmente las operaciones. En ella, Godoy dio pruebas de dotes de estrategia y valor. Posteriormente en las negociaciones de paz, obtuvo interesantes ventajas, logrando que Portugal cerrará todos los puertos a Inglaterra, que era el principal objetivo de la capitulación.

Los sucesos que siguieron, desde la invasión de España por los franceses, hasta la abdicación de Carlos IV y reinado de Fernando VII, fueron muy amargos para Godoy, que estuvo varias veces a punto de perecer. Encarcelado después del motín de Aranjuez, el 17 de marzo de 1808, recobró la libertad por orden del general Murat, que le envió a Bayona, donde tuvo que redactar la famosa acta de abdicación de Carlos IV. Posteriormente, pasó unos años en París, ocupado en redactar sus Memorias, padeciendo grandes dificultades económicas. Pasados los años, Isabel II, firmó un Decreto el 31 de mayo de 1847, por el cual, le devolvía a Godoy sus títulos de Príncipe de Basano, duque de Alcudia y de Sueca, y el de Gran Almirante de España e Indias, despojándolo del de Príncipe de la Paz.

Ha sido Godoy uno de los personajes más apasionantes de nuestra historia. Dueño absoluto de España durante muchos años, se le ha responsabilizado de los excepcionales acontecimientos que vivió nuestra Patria, muchos de los cuales, no estaban en su mano dominar.

En los años de grandeza, suscitó la envidia de todos, no habiendo defecto que no se le atribuyera; sin embargo, en el transcurso de los años dió pruebas de clarividencia, patriotismo y valor. Incluso Napoleón, lo calificó de «hombre de genio».

A poco de otorgársele a Godoy el título de Príncipe de la Paz, la Real Academia de Buenas Letras le nombró académico numerario, con fecha 17 de febrero de 1796, correspondiéndole el número 256 del escalafón general. Para mayor aclaración a tal hecho vamos

a transcribir el acta de la sesión de dicho día, que dice: «En miércoles 17 de febrero de 1796, se celebró academia extraordinaria con citación especial, que se hizo a todos los individuos residentes en esta ciudad para tratar asuntos relativos a la venida de S.M., que según aviso comunicado por el Excmo. Sr. Príncipe de la Paz, debe verificarse la llegada en el día de mañana jueves al medio día, y en efecto concurrieron los Sres. don José M.^a Valiente, director; don Mariano Paez, Censor; don Fernando Socueva; don Francisco Buendía, don Bartolomé Cabello; don Francisco de Sales Rodríguez, don Francisco Aguilar, don Francisco Rada, don Joaquín Cid, don Benito del Campo, don José Molina, don Antonio de León, el Padre José Govea, don Ildefonso Ruiz Ramírez, don Diego Vera Limón, don Juan Antonio la Peña, don Leonardo de la Serna y el infrascrito. El Sr. director manifestó haber dado orden de juntar la academia, para que resolviese lo que debería ejecutar en el caso en que nos hallabamos sobre concurrir al Besalamano a SS.MM. atendiendo, a que no había recibido contestación del Excmo. Sr. Príncipe de la Paz, en razón de la licencia que para ello se le había pedido y conferenciado. Así este punto como otras que ocurrieron, quedo acordado de conformidad, que el Sr. director se encargase de ver personalmente a S.E. luego que llegase, a fin de obtener aquel permiso, y que los individuos se preparasen para el acto de B.L.M. a SS.MM. al día siguiente de su llegada, que era el destinado para ello, sin perjuicio de que, se les avisaría con nueva citación; que la academia fuese formada desde su sala sin otro aparato, que llevar dos porteros delante, y algunos criados detrás; que desde luego quedase recibido por individuo de este cuerpo en la clase de numerario el Excmo. Sr. Príncipe de la Paz, presentándole el título y el tomo de Memorias con un forro decente, y así para este fin, como para cumplimentarle, se nombrase una diputación y se conformaron en que esta se compusiera de tres individuos de la Mesa, y no se ofreció otra cosa de que certifico. Firmado, Secretario Francisco González Caro».

En efecto, el domingo veinte y uno a las diez y media de la mañana, el director y secretario de la Academia, fueron introducidos en el cuarto donde se encontraba Don Manuel Godoy, en el Alcázar, y tras los saludos protocolarios, hizo su «arenga» el Sr. director. El secretario, le hizo entrega al Príncipe de la Paz, del título de

académico y el tomo de Memorias, que recibió dando muestras de alegría y gratitud por la distinción que se le hacía.

Es importante reseñar, como pasado el tiempo, quiso Godoy agradecer la distinción que le proporcionó la Academia de Buenas Letras. Para ello, nos apoyamos en el relato que nuestro don Luis Toro, hizo en un breve artículo publicado en *Archivo Hispalense*, n.º 13, año 1945. Se refiere a la indignación de los sevillanos antes las noticias de Madrid, en agosto de 1.800, referente a la R.O. que obligaba a entregar los once cuadros de Murillo existentes en la Iglesia de la Caridad y el del Descendimiento pintado por Pedro de Campaña, actualmente en la Catedral, y que se conservaba entonces en la parroquia de Santa Cruz. La real Orden había sido iniciativa de Don Mariano Luis de Urquijo, que presumiendo de ilustrado, quería darle forma a su fervor antireligioso y a su despectivo desprecio, hacia nuestras más firmes tradiciones. «Este Urquijo, que quería defender, o mejor dicho, que aparentaba defender las teorías regalistas contra las Decretales Pontificias, era a fin de cuenta un Jansenista traductor de Voltaire, pedante currutaco, cuya viveza fue torcidamente valorada por algunos como expresión de una despierta inteligencia».

El Cabildo sevillano pasó el asunto a informe del Procurador Mayor, al propio tiempo que recurre a Godoy, gracias a la amistad con este, del decano de nuestra Audiencia don Francisco de Bruna, el que, era motejado en Sevilla, como «El gran poder» por sus valiosas influencias.

Mariano Luis Urquijo, en carta desabrida, insiste en que se saquen copias de los cuadros indicados y los originales sean enviados a la Corte. La fiebre amarilla que invade Sevilla a principios de 1800 aplaza el despojo de los tales cuadros. En marzo de 1801 es nombrado Godoy, Generalísimo para la guerra contra Portugal. Victorioso y con las máximas prerrogativas, consigue del Rey Carlos IV, revocar la orden de que los cuadros sean enviados a Madrid, y permanezcan en Sevilla. Sin duda, recordó la generosidad de la Academia Sevillana de Buenas Letras.

JOAQUÍN MUÑOZ DELGADO

Las únicas noticias militares que han podido ser recogidas referente a nuestro personaje son, que nació en Granátula, en la Mancha, en el año 1737, que se hizo soldado en 1765, ascendiendo a cabo y sargento y que cuando fue admitido como académico de Buenas Letras, era teniente del Real Cuerpo de artillería y capitán del Ejército.

El acto de su ingreso en la Academia Sevillana se produjo según especifica el acta de la junta celebrada a tal fin y que copiamos íntegramente:

«En lunes dos de julio de 1798, se celebró academia extraordinaria para la que hubo citación especial con motivo del recibimiento e incorporación de Don Joaquín Muñoz Delgado, residente en Málaga, por mano de nuestro individuo el Ilmo. Señor Don Francisco de Bruna, y habiendo concurrido a ella los Sres. don José M.^a Valiente, director; don Francisco Buendía, censor; don Joaquín Cid, don Antonio Santaella, don Benito del Campo, don José de Molina y el infrascrito. Se leyó el memorial hecho por el capitán don Joaquín Muñoz Delgado, en el que manifestaba haberse dedicado a la antiquaria, ciencia Numismática y Mineralogía, viajando en Francia, Italia y América y hecho pruebas de sus estudios en las varias inscripciones de lápidas y minerales que había descubierto y sus reflexiones; que todo lo había remitido a manos del Ilmo. Sr. Bruna por quien se entregó este Memorial al Sr. director, y en veinte de junio puso decreto para que pasase al Censor el cual en su censura el día 28 del mismo, fue de dictamen, que evacuadas las circunstancias prevenidas o quedando en evacuarse, las que no pudieran evacuarse de pronto, podría acordarse en academia extraordinaria que se recibiese este pretendiente, dispensándose todo lo que fuese dable en atención a la superior protección con que dirigía su pretensión. Con efecto en vista de los antecedentes, se acordó el recibimiento por uniformidad de votos, en la clase de honorario, de que se le despachó título en el mismo día. En este mismo acto, el infrascrito secretario dio cuenta de que en consecuencia de la comisión que se le había conferido, juntamente con el Sr. Don Mariano Paez para recoger de los albaceas del Sr. Ribón los papeles y documentos

que hubieren quedado por su muerte, pertenecientes a esta Real Academia».

Firmaba el acta el secretario Francisco González Caro, dejando constancia, que a don Joaquín Muñoz Delgado, le correspondía el número, 267 del escalafón general de académicos.

JUAN O'DONOJU O'RIAN

Nació en Sevilla el 30 de julio de 1762, siendo bautizado en la parroquia del Sagrario. A la edad de 20 años ingresó como cadete de infantería prestando servicios de campaña en el sitio de Gibraltar hasta firmada la paz en Versalles en 1783. Ascendiendo a teniente, en julio de 1791, fue nombrado ayudante del coronel Javier Castañón, que se encontraba en Ceuta, en lucha con los moros. De regreso a la península pasó destinado al regimiento infantería Ultonia, con sede en Cádiz. Contrajo matrimonio con la señorita sevillana, Josefa Sánchez Barriga.

En noviembre de 1795, asciende a teniente coronel y fue agregado al regimiento infantería Extremadura desde donde pasó al de Cazadores La Reina 2. Intervino con gran visión táctica y sentido de la logística, en la campaña con Portugal, conocida como la «guerra de las naranjas», lo que le valió ascender a coronel graduado el 5 de octubre de 1802. Al año siguiente, se le concede el mando del regimiento de caballería de Cazadores de Olivencia, donde permanece hasta su ascenso a brigadier el año 1808.

Dadas sus excepcionales actitudes de mando y organización, la Regencia lo designa Ministro de la Guerra en 1813, para que reorganizara y modernizara el Ejército, tanto el de la Península, como de Ultramar. La labor desarrollada por O'Donóju, fue admirable, como quedó reflejada en unas amplias Memorias que leyó en las Cortes durante varios días y que causarón asombro por su detallado organigrama y planteamiento de necesidades. A pesar de ello, las reformas que introdujo en la caballería, fueron criticadas e incluso le proporcionaron algunos disgustos, aunque transcurrido el tiempo, se comprobó la bondad de las mismas.

La conflictiva situación política de España, en los finales de la primera década del siglo XIX, proporcionó el levantamiento del co-

ronel Quiroga y el comandante Riego, en Las Cabezas (Sevilla), el 1 de enero de 1820. Para remediar esos males, el gobierno nombró capitán general de Andalucía a O'Donojú, que despertó la general simpatía y apoyo de los sevillanos.

Dado que la preponderancia española en América padecía grandes contratiempos, la prepotente masonería exige sea nombrado Virrey de México un general adicto a la situación.

Es elegido O'Donojú, ardiente partidario de la Constitución de 1812 y uno de los principales jefes de la masonería española. En julio de 1821 llegaría a Veracruz.

La labor desarrollada por el nuevo virrey disgustó al gobierno español, que lo puso en conocimiento del Rey, especialmente a raíz de la firma, entre O'Donojú é Iturbe (militar y político mejicano) del *Tratado de Córdoba*.

El 13 de septiembre de 1821, se proclamaba en Méjico la independencia con la autorización de Juan O'Donojú, como último virrey español. Transcurrido un mes, falleció O'Donojú, siendo sepultado en la catedral de Méjico, con los honores de virrey.

Fue elegido académico de Número de la Sevillana de Buenas Letras, el día 13 de septiembre de 1820, cuando por su empleo, ejercía el mando de la Capitanía General de Andalucía y era jefe superior político de la provincia de Sevilla. El nombramiento de académico fue acordado en la junta celebrada en la iglesia de la Universidad, siendo director de la academia, don Manuel María del Marmol y secretario, don José Ramos.

En la junta siguiente, la del día 20, se le entregó al capitán general O'Donojú, el título, con su nombramiento y el tomo de las Memorias de la academia. Lo recibió muy gustoso y comunicó que, en lo sucesivo concedía autorización para que las juntas de la Academia pudieran celebrarse en la iglesia de San Hermenegildo, y fuera considerada, la nueva sede de la academia. Le correspondió ocupar el número 284 del escalafón.

JUAN MANUEL RUIZ

Como militar sabemos que, alcanzó el empleo de Auditor de Guerra, que eran, los consejeros letrados que asesoraban a la auto-

ridad militar en los procedimientos judiciales y en todos los casos de interpretación, de preceptos legales ó reglamentarios.

Ingresó en Buenas Letras, como académico honorario, el 2 de diciembre de 1825, correspondiéndole el número 310. El acta de dicha sesión, refrendada por el secretario don José Ramos, dice al respecto:

«El infrascrito dió lectura a un Memorial de don Juan Manuel Ruiz, vecino de Madrid, a quien recomendaba el Excmo. Comisario General don Manuel Malcampo. Se leyó, informando a continuación el Censor. Se votó, acordándose despacharle el título de académico honorario, como así se hizo».

Esta sesión que fue muy amplia de contenido y proposiciones, se tomaron entre otros acuerdos, los de nombrar académicos, al Sr. Arzobispo de Sevilla, don Francisco Javier Cienfuego, como Numerario y al Reverendo Padre Bernardo de Granada, religioso capuchino, como académico honorario.

MANUEL MARTIN MATEOS

Ingresó en la Real Academia de Buenas Letras, como académico honorario con el número 322 del escalafón general, con fecha del 16 de marzo de 1827. Se indica su procedencia como perteneciente a la Marina. La sesión tuvo lugar como ya venía ocurriendo, en la sacristía del Hospital del Espíritu Santo.

En cuanto a mayores noticias sobre su personalidad militar, sólo ha sido posible averiguar, que alcanzó el empleo de brigadier honorario de la Armada, siendo distinguido con la Real Orden de Isabel la Católica y la de Caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo. Hombre culto, que estuvo incorporado a diferentes corporaciones científicas y literarias.

Nos satisface poder aportar un documento, que expresa las altas cotas de moral y entusiasmo militar, que poseía nuestro personaje. El indicado escrito, de fecha 31 marzo 1809, está firmado por Antonio Escaño, que en nombre del Rey Fernando VII, y desde el Alcázar de Sevilla, informa al Ministro de la guerra, Antonio Coronel, que en la fecha indicada, le comunica al jefe del segundo regimiento de la Marina de campaña, lo siguiente:

«He enterado al Rey N.S., don Fernando VII, y en su Real nombre a la Suprema Junta gubernativa del Reino, de la instancia que con carta de 20 del mes que acaba y su apoyo, me remite V.S., del teniente de navio, Don Manuel Martín Mateo, dirigida a solicitar, ansioso de sacrificarse en servicio de la Patria se le destine de cualquier manera a campaña, respecto de haber quedado sobrante por resultas de la nueva forma dada a ese Regimiento. S.M., satisfecho del patriotismo y deseos de batirse, manifestados por este oficial, se ha servido acceder a su solicitud destinándole al expresado regimiento del cargo de V.S., mandando al mismo tiempo que se le tenga presente».

«Y de orden también de S.M. lo traslado a V.E., para los efectos correspondientes en el Ministerio de la Guerra de su cargo».

MANUEL DE VOS Y SILVA MENESES

Nació en Sevilla el 5 de noviembre de 1796. Ingresó como cadete de las Reales Guardias Españolas, regimiento, que en aquella época se encontraba desplegado entre Cádiz y Tarifa, en defensa de la costa, atacada por los franceses. Allí permaneció hasta que ascendido a alférez de infantería, pasó al ejército expedicionario de Andalucía. Durante varios años formó parte de dicho ejército, ascendiendo a capitán y pasando largos períodos en Sevilla, hasta que, a fin de 1833, vuelve a incorporarse al regimiento de Guardia Reales, que entonces se encontraba alojado en el Palacio Real de Madrid. Durante tres años permanece en dicho regimiento y en 1836 asciende a comandante.

El 7 de octubre de este mismo año, fue nombrado comandante del 2.º batallón del regimiento de Granaderos de la Guardia Real, a través de un escrito encabezado por doña Isabel II, y firmado por doña María Cristina de Borbón, como Regente, en el que decía: «Hallándose vacante el empleo de comandante, del 2.º batallón del tercer regimiento de granaderos de la Guardia Real, por ascenso a teniente coronel de don Francisco Javier Espeleta, y atendiendo a los méritos que concurren en la persona de don Manuel de Vos, y a lo bien que me ha servido, he tenido a bien nombrarlo por tal comandante del 2.º batallón del referido regimiento...».

Colabora con el Ejército del Norte, en cuantas operaciones realiza, distinguiéndose por su valor y capacidad en las batallas de Arlaban y Zuriain, por cuyas acciones obtuvo en 1838, el empleo de coronel.

En 1840, extinguido el regimiento de la Guardia Real, quedó De Vos y Silva, en expectativa de destino, situación en la que permaneció tres años. Transcurridos estos, tomó el mando de la Dirección General de Infantería, al haber ascendido a brigadier, interviniendo en los enconados enfrentamientos entre Espartero y los afectos a la Reina. El 2 de mayo de 1850, fue nombrado gobernador de Peñíscola y al año siguiente destinado a Huesca como gobernador militar. A los tres años de este último destino, fue nombrado director de la Escuela de Administración militar, ejerciendo dicho cometido hasta 1860, en que cumplidos los 64 años, pasó a la situación de retirado.

El sevillano De Vos, ingresó en la Real Academia, el día 22 de diciembre de 1827, cuando era director de la misma, don Francisco del Cerro y censor, don Miguel María del Olmo. Aquel día, el secretario, don José Ramos, leyó un Memorial del Sr. don Manuel de Vos y Silva suplicando ser admitido en dicha corporación. Siendo favorable el informe del censor, se pasó a la votación de los presentes, siendo admitido, acordándose comunicar al Sr. de Vos se presentase para el juramento.

En la siguiente junta, celebrada como era habitual en la sacristía del Hospital del Espíritu Santo, el día 11 de enero de 1828, don Manuel de Vos hizo el juramento acostumbrado y leyó la oración gratulatoria, que comenzó con las siguientes palabras: «Al presentarme a los primeros literatos de la ciudad que me dio el ser, al sentarme por primera vez a la sombra de la oliva bética, que plantada en este fecundísimo suelo han dado tantos y tan sazonados frutos, no es extraño que mis labios balbucientes, no acierten a tributaros las debidas gracias por el honor que me acaban de dispensar». Continuo, refiriéndose en tono de alabanza a la labor y estudios que se realizan en la academia, elogiando el interés que desarrollan por las Letras y las Ciencias. Nombrado académico honorario, y según era costumbre, fue inscrito en el libro de registro con el número general 326.

El 26 setiembre de 1828, leyó una Elegía a la muerte de don

Leandro Fernández de Moratín, fallecido el 21 junio 1828, la cual, terminaba diciendo:

«A los que intenten proseguir sus huellas,
como la luz del elevado polo
en alto mar al diestro navegante
vuestro verso célebrelo entre tanto,
y ya que no os es dado en su sepulcro
mil lágrimas verter en cada pecho,
un mausoleo tenga su memoria.
Dijo, y los tristes ayes que se oyeron
a los que dió el Parnaso respondieron».

Asiduo asistente a las reuniones y juntas de la academia, De Vos, intervino nuevamente el día 17 de octubre de 1828, con la lectura de un nuevo trabajo titulado «Precisión que tienen los militares de instruirse y que ramas debe abrazar esta instrucción».

El entonces capitán De Vos, tras saludar a los presentes comenzó su disertación diciendo: «El verdadero militar, el que sabe y conoce su oficio, no puede ser enemigo del saber. Necesita muchos más conocimientos de los que vulgarmente se creen para cumplir medianamente en su profesión, y nadie que cultive las ciencias puede ser contrario de ellas. Tienen un atractivo tal, que nos seduce y nos encanta y ningún yugo sufre el hombre con mas gusto, que el que la sabiduría pone sobre su cuello».

Siguió hablando de la guerra, de la invención de la pólvora, de las fortificaciones, de la artillería, como conocimiento fundamentales del militar, para continuar diciendo: «Un militar no debe ignorar tampoco, los idiomas de los países limítrofes al suyo con quien puede estar en guerra. Además de la lengua, deberá conocer la organización de los ejércitos de las indicadas naciones y su modo de evolucionar, porque de ello podrá sacar muchas ventajas». Y terminó su discurso: «Al militar le toca proteger y defender la religión y los legítimos derechos del Rey: ¿y podréis cumplir tan alto encargo sin adquirir los conocimientos que para ello necesitais? Llene el estudio los ratos que nuestras ocupaciones os dejan libres, y no solo cumplireis tamaño objeto, sino que vereis entrelazados a la sacra oliva de Minerva, los halagüeños laureles que os prepara Marte».

El último trabajo que, hemos podido consultar, de la labor académica desarrollada por nuestro militar, fue la que leyó, el día 18 de diciembre de 1829. Fue un hermoso Epitalamio, en homenaje, por el feliz enlace de los Reyes don Fernando VII, y doña M.^a Cristina de Borbón.

Comenzó sus versos, dirigiéndose a la Academia con estas palabras:

«Nunca, señores, mi humildosa lira
su voz alzara al trono de *Fernando*;
nunca osara cantar el Himeneo
en que cifra su dicha el pueblo hispano,
si vuestra sabia voz no le pusiera
el dulce plectro a mi obediente mano».

El Epitalamio, que constaba de 29 quintetos, comenzaba con los siguientes versos:

«Levanta, lira mia,
alta canción al estrellado cielo
cual aguilas que guía
el vaporoso vuelo
y se remonta al sol, huyendo el suelo».
«Que canto de *Fernando*
de *Borbón* y *Cristina* el himeneo,
y al paso que enlazando
sus cuellos, a amor veo,
anuncio ya los bienes que preveo».

RAFAEL HUMARA SALAMANCA

Nació en el Puerto de Sta. María de (Cádiz), el 31 octubre de 1800. Hijo de Juan Humara y de Justa Salamanca.

Por gracia especial fue nombrado subteniente de infantería a la edad de 20 años, con destino en el regimiento del Infante Don Carlos, en Madrid, a las órdenes del general Piquero. Durante dos años, prestó los servicios de su empleo debiendo cesar y pasar a la

vida civil, al ser anulados los empleos militares que fueron otorgados en el año 1821.

Permaneció separado del servicio año y medio, hasta que, en noviembre 1824, fue nombrado teniente de Milicias y destinado al regimiento Provincial de Toledo destacado en la defensa de las costas de Almería. Pasó a Badajoz como ayudante del regimiento Provincial de Sevilla, hasta que, en 1827, es trasladado a Valladolid. Un año más tarde cambia su residencia estableciéndose en Sevilla. En virtud de la R.D. de febrero de 1833, se le permitió permutar con el ayudante del regimiento de infantería Africa, desde donde pasó destinado al 1.º regimiento de la Guardia Real de guarnición en Madrid.

El 10 de octubre de dicho año, al sublevarse las provincias del norte de España, da comienzo la guerra civil contra el pretendiente Don Carlos.

Con el grado de capitán de infantería, interviene en numerosas acciones y combates, por todo el frente del Norte, hasta el 31 de agosto de 1840, en que finaliza la guerra civil, quedando destinado en los regimientos que guarnecen las provincias de Navarra y País Vasco.

El 6 de julio del año siguiente, es destinado al 1.º Batallón del Regimiento de Infantería La Unión n.º 28, en Madrid; ascendiendo diez días después al empleo de comandante, por méritos de guerra.

El informe sobre el concepto que mereció a su último jefe, el coronel José Caula, fechado el 24 marzo 1841, es el siguiente: Valor acreditado; adhesión a la Reina, mucha; religiosidad, tiene; aplicación, bastante; capacidad, mucha; conducta, ejemplar; estado, casado.

Alcanzó el empleo de coronel de infantería y fue nombrado gobernador civil de Logroño en el año 1854, después de los sucesos de febrero del mismo año, tras el pronunciamiento en Zaragoza secundado en Madrid por O'Donnell, Dulce y Ros de Olano, que terminó con la batalla de Vicálvaro, en junio.

En cuanto a su relación con la Academia Sevillana de Buenas Letras, sucedió que, en la sesión del 1 de junio de 1832, el entonces secretario don José Ramos, leyó el Memorial relativo a Don Rafael Humara Salamanca, en solicitud de ser admitido como académico, el cual pasó a manos del censor, para que fuese informado. Encon-

trandolo sin reparo alguno, fue puesto a votación y admitido como académico honorario, con el número 347 del escalafón.

Transcurridos cuatro años, el día 8 de abril de 1836, la sesión académica tenía como principal cometido la elección de nueva Junta de Gobierno. Antes de proceder a ello, el director Sr. Marmol, propuso, se procediera a la elección de los académicos, que habían merecido ascender de orden. A tal fin ascendieron a Numerarios cuatro supernumerarios, y a supernumerarios otros cuatro honorarios, entre los cuales se encontraba don Rafael Humara Salamanca. Posteriormente, tuvo lugar la elección de la nueva Junta de Gobierno, en la que fue reelegido director, don Manuel del Marmol.

JUAN DE DIOS GIL DE LARA

Nació en Madrid el año 1790. En su primera juventud realizó estudios de ciencias físicas y exactas, adquiriendo grandes conocimientos prácticos y teóricos en dichas ramas. En 1809, se trasladó a Sevilla para *purificarse* de no haber prestado servicios a los franceses. Se encontraba en Sevilla el colegio de artillería, que procedente de Segovia, habían llegado huyendo de los franceses. Transcurrido unos días de descanso para profesores y alumnos, se reanudaron las clases, ampliándose las plazas de cadetes hasta un total de 150. Fue entonces, cuando Gil de Lara ingresó como cadete en dicho Colegio, siguiéndole las vicisitudes del mismo, tales como la disolución de la Academia de Artillería, ocurrida en enero de 1810, ante la llegada de los franceses. Posteriormente en junio del mismo año y gracias a la diligencia del nuevo director García Loygorri, volvió a funcionar en uno de los cuarteles de artillería de Cádiz, tomando como título, **Real Academia Militar de la Isla de León**. Terminado Gil los estudios y alcanzado el empleo de teniente, continuó como ayudante del Primer profesor Juan Munarriz. Durante año y medio colaboró a las correcciones y reimpresión del *Tratado de Artillería*, de Tomás de Morla, que tanta celebridad alcanzó incluso fuera de España, siendo traducido al alemán.

Ascendido a capitán en 1822, marchó Gil de Lara, voluntario al Ejército, que defendía la plaza de Santoña, permaneciendo durante cinco años, por los frentes del norte de España, desde donde pasó

destinado a la Fundación de Cañones en Sevilla. En dicho establecimiento, prestó valiosos servicios, hasta que, valorados por la Superioridad los muchos conocimientos, que Gil de Lara poseía en lo tocante a fundición y construcción de cañones, es nombrado en enero de 1832, fundidor mayor del indicado establecimiento artillero sevillano.

Ascendido a teniente coronel, se le destina a la artillería de Algeciras, donde permanece sólo unos meses al ser enviado en agosto de 1838, como Primer Profesor a la Academia de Artillería de Segovia.

Al cumplir la edad reglamentaria de retiro, es ascendido por méritos, al empleo de coronel honorario de artillería y nombrado caballero de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo.

Ingresó en la Academia de Buenas Letras con el número 352, tal como figura en el libro de Asiento de académicos de dicha Institución, gracias a una curiosa particularidad. Lo ocurrido fue lo siguiente, el día 6 de enero de 1833, procedió la Academia a proclamar al autor, premiado en el concurso poético, que había sido anunciado en la Gaceta de Madrid del 10 de julio. Se acordó hacer dicha proclamación en un acto público organizado por la Academia. Durante la celebración del mismo se comunicó, que las otras dos obras que habían quedado finalistas podrían sus autores, si lo deseaban, tener como premio el ser nombrados, académicos honorarios de Buenas Letras. A tal fin el secretario indicó, que no estando permitido abrir las plicas sin autorización de los autores, se publicaría el acuerdo en la Gaceta de Madrid, dando dos meses de plazo para aquellos que desearan aceptar el título, pudieran solicitarlo. El director Sr. Cerro agregó: «Si en este acto público, se verifica haber algún señor autor de las Memorias recibidas, puede indicarlo y a continuación se abrirá su pliego y echo el juramento tomará posesión del asiento que le corresponde». Al llegar aquí, se levantó un caballero, que dijo ser autor de la memoria cuyo epígrafe nombró, dando permiso para que se abriese su plica. Efectivamente así se hizo en presencia de todo el público, y se le pidió se presentase a la mesa, lo que verificado, se comprobó, que el autor del trabajo era el Sr. Don Juan de Dios Gil Lara. A la vista de ello hizo el juramento acostumbrado y tomó asiento entre los individuos de la corporación.

El 7 de marzo de 1834, Gil Lara, leyó un trabajo titulado, «Plan razonado de tareas académicas». El mismo, comenzaba diciendo: «Señores académicos: A una academia como esta, fundada en un tiempo en que se tenía a menos cooperar a la ilustración de España, le bastaba un reglamento corto porque el buen deseo y el calor de sus fundadores empapados en un mismo objeto, lo suplían todo. Así es, que un sólo artículo, el Primero del reglamento, fue bastante para producir los óptimos frutos cuya noticia a llegado a nosotros».

El resto de su disertación lo mantuvo a base de responder a una serie de preguntas, que el iba formulando. Entre ellas, caben destacar: «¿Bastan los trabajos académicos tal cual se hallan establecidos para llenar nuestros deseos y los de los fundadores de este cuerpo? ¿Donde está la emulación? ¿Cuáles serán los trabajos en que se puedan empeñar los socios, para que, las tareas académicas sean lo más útiles que se pueda? Si cualquiera de nosotros hubieramos de emplear a Meléndez Valdes y a Moratin, ¿daríamos una toga al primero, ó mandaríamos al segundo que nos hiciese una joya?» Seguidamente, comentó la labor que a su juicio deberían desarrollar las diferentes secciones en que se habían distribuido los académicos, indicando que se necesitaría redactar un reglamento que sirviera para sistematizar su tareas.

Finalizó resumiendo su discurso, en once apartados. El 1.º, decía la conveniencia de clasificar la academia en secciones; el 2.º, nombrar una comisión que proponga aquellas más oportuna al objeto de la academia; 3.º, cada académico elegirá la sección más acorde con sus conocimientos; el 4.º, 5.º, 6.º, 7.º y 8.º, se referían al orden, fechas de reunión, etc. de dichas secciones de trabajo; el 9.º se refería a la formación de una amplia biblioteca; los dos últimos se dedicaban a la formación de reglamentos y a la conveniencia o nó, de ampliar esta academia a otros puntos de Andalucía.

Nombrada una comisión para examinar este trabajo y concordarlo con el plan de Don Manuel María del Marmol, que era el actual director, determinaron que no eran incompatibles entre si, sino que ambos concurrían en bien de la academia. Por consiguiente, opinaron: «que estando aprobados los artículos que tratan de metodizar los trabajos en general, hemos hecho en ello aquellas ligeras varia-

ciones que van subrayadas, discutiendo y dando un giro nuevo, a los que versan sobre los expresados trabajos en particular».

Con fecha 25 de septiembre de 1835, leyó Gil Lara la censura que se le había encomendado, referente a la Elegía compuesta por el Conde de Cantillana, a la muerte del general Freire de Andrada.

Comenzaba la censura diciendo: «Señores académicos: He examinado la sentida y lastimosa Elegía a la muerte del general Freire. Esta composición me ha llevado a dos consideraciones naturales: Primera, la necesidad y oportunidad de escribir el elogio de un sujeto tan digno de él, y que presta tantos materiales para que lo luzca una pluma bien cortada, habiéndose visto el héroe en tantas posiciones políticas y militares, en las cuales se manifestó siempre digno. La segunda es, el mucho amor y amistad que debía profesarle el conde de Cantillana cuando emprendió celebrarle en sus versos. La Elegía nos pone el corazón entristecido y cuando se termina su lectura nos encontramos llenos de sentimientos. En medio de todo esto, considerando que no todo han de ser elogios y que la brevedad del tiempo que se gastaría en componerla, no es justa disculpa para que no se corrijan algunos descuidos del poeta, apuntaré aquí los más notable, siendo como soy celoso, porque se mantenga ilesa la buena memoria de aquellos españoles que han procurado tener reputación por sus hechos, no por lisonjas, ni por consideraciones injustas».

A continuación fue señalando los errores encontrados a su juicio. Copiamos una de las correcciones, dice así:

En el Terceto del noveno verso, todo él, es obscurísimo.

«No en vano el estro, infortunado, empleo
cuando en torno de mí con amargura
de la Parca se jime el cruel trofeo».

«El final es malísimo, tanto por su construcción como por su sentido. Al primer golpe de vista, se conoce que el consonante, obligó a su autor a poner en régimen impersonal a un verbo de una acción conocida y determinada».

En la elección de académicos formulada el 8 de abril de 1836, fue propuesto Gil, dado sus méritos, para el nombramiento de académico Numerario. La labor desarrollada por Gil de Lara fue tan

eficaz y activa, que en la junta celebrada el 20 de abril de 1838, al elegirse nueva Junta de Gobierno, fue elegido director. Este hecho tuvo lugar en el salón de actos del colegio de San Alberto, que era el lugar donde entonces se celebraban las sesiones de la academia.

PEDRO AGUSTIN GIRON

A los 16 años, toma parte de la campaña contra los franceses en el Rosellón, a las ordenes del general Ricardos. Había nacido en San Sebastián en 1777 y desde muy joven, casi un niño, ingresó como voluntario en el Ejército.

En 1798, cumplido los 21 años, asciende a capitán y es destinado a Pamplona al regimiento provincial de Sevilla, quedando de guarnición.

Por R.D., es nombrado ayudante de campo de su tío, el mariscal Castaños, al que acompaña en 1800 con la expedición que tuvo lugar sobre Mallorca. Agustín Girón, se mantiene en este cargo hasta que, al ser declarada la guerra contra Portugal, en 1801, solicita ir como voluntario, siendo nombrado capitán de la compañía de Cazadores de Avila, que pertenecía a la División de Granaderos Provinciales de Castilla la Vieja. Terminada la campaña, regresó a Pamplona, siendo ascendido al empleo de teniente coronel, como premio a sus excelentes condiciones para el mando de tropa. Con su nuevo empleo se le destina a la 3.^a División de Granaderos Provinciales, que estaba ubicada en Cádiz. Durante unos años, permanece en este destino, hasta que a finales de 1807, recién cumplidos los 30 años, asciende al grado de coronel de infantería, pasando a formar parte del ejército del marqués del Socorro, que se encontraba en Badajoz. Se le encarga la difícil misión, de concertar la entrada de las tropas españolas en Portugal, encargo, que llegó a cabo con enorme éxito.

Cuando conoce los sucesos ocurridos en Madrid el 2 de mayo de 1808, solicita pasaporte para la Corte, pero la Junta Suprema del Gobierno creada en Sevilla, lo considera mas necesario en Andalucía, y le ordena se traslade a Córdoba al encuentro con los franceses.

Nuevamente es reclamado por su tío, el entonces teniente general

Castañón, que es el jefe del ejército de Andalucía. Pedro Agustín, interviene con eficacia y valor en la batalla del Puente de Alcolea y más tarde, en la histórica batalla de Bailén.

Comisionado por su general, para llevar a Sevilla la noticia de la victoria sobre los franceses, es recibido por la Junta Suprema de Sevilla, que quiso nombrarlo mariscal de campo, a cuyo honor rehusó Girón. Una vez de regreso al campamento, el 25 de julio, fue ascendido a brigadier, otorgándosele *Letras de Servicios*.

Resuelta la situación en Andalucía, se le destina al sector de Aragón, donde interviene en las operaciones de la batalla de Tudela y Tarancón, mandando una columna de más de dos mil hombres. En una de las acciones, se introduce a caballo en terreno enemigo para conocer su dispositivo, y salva milagrosamente la vida, siendo muerto su caballo. Vuelve a la tercera división de Granaderos, en esta ocasión, para mandarla como Primer Jefe. Las fuerzas que constituían la División, era de ocho mil hombres, mil caballos y ocho piezas de artillería. Se le encomendó la misión de defender Aranjuez, al objeto de que no fuese ocupada por los franceses que les permitiría atravesar el río Tajo. Su actuación fue decisiva y de gran eficacia, para el desarrollo estratégico del Ejército español.

La repercusión que esta victoria proporcionó a las tropas españolas, motivaron que fuera ascendido a mariscal de campo en agosto de 1809.

En enero del siguiente año, encontrándose Agustín Girón con su gran unidad en Sierra Morena, fueron atacados por fuerzas francesas muy superiores en personal y medios, teniendo que rehuir el combate y emprender la retirada. Montado el dispositivo, estableció un excelente escalonamiento sin perder el contacto con el enemigo, llegando hasta Motril, donde embarcó con sus gentes para Algeciras, evitando ser vencido por los franceses. Una vez que llegó a San Fernando (Cádiz), fue nombrado vocal de la Junta General militar y jefe del 5.º ejército de operaciones. En unión del general inglés Joaquín Blake, puso sitio a Niebla. Cuando se le confió el ejército expedicionario de Andalucía, fue ascendido al empleo de teniente general. Era el 8 de marzo de 1814.

A su regreso a España del rey Fernando VII, fue nombrado Girón, Ministro de la Guerra, en 1820, pero no siendo bien visto por los partidarios del partido radical, tuvo que dimitir.

En el testamento otorgado por Fernando VII, en el que, señalaba los componentes del Consejo de Regencia, que habría de regir los destinos de España durante la minoría de Isabel II, era Agustín Girón uno de los elegidos, con gran sorpresa para el propio interesado.

El 2 de enero de 1833, estando de capitán general en Granada, tuvo que incorporarse a Sevilla al ser nombrado, el 11 de diciembre de 1832, capitán general de Andalucía.

Una vez en Sevilla, se alojó en la casa que habían ocupado otros capitanes generales, la cual estaba situada en la calle Nueva de la Laguna, hoy Castelar¹.

Durante su mandato, introdujo numerosos perfeccionamientos en el estamento militar sevillano, estableciendo entre otras mejoras un campo, para ejercicios de las unidades, en el llamado Campo de Marte, que mas tarde pasaría a llamarse Plaza de Armas. La guarnición adquirió otro estilo más militar y disciplinado.

Cuando la epidemia de cólera que invadió Sevilla, el capitán general Girón, a pesar de encontrarse afectado por el mal, puesto que una de las primeras personas que lo sufrió, era su esposa, tomó las máximas medidas para que no invadiera los cuarteles, atajandolo con gran eficacia.

El indicado año de 1833, y a la muerte del Rey Fernando VII, hubo de entregar la capitanía general de Andalucía al 2º Cabo, y marchar a Madrid, para constituirse en consejero del Reino, como estaba previsto en el testamento del Rey. El 16 de octubre salió para la Corte, abandonando la capital andaluza. Una vez en Madrid, la Reina Regente tuvo a bien nombrarle duque de Ahumada.

Grande de España y Caballero de la Gran Cruz de la Real Orden de Carlos III, de San Fernando y San Hermenegildo. Consejero de Estado de S.M. y como ya se ha indicado, Ministro de la Guerra.

Retirado de la vida política y militar, se dedicó a las ciencias y la literatura, escribiendo interesantes trabajos sobre botánica, ciencias militar e historia.

En la sesión celebrada por la Real Académica de Buenas Letras el día 25 de enero de 1833, su director don Francisco del Cerro,

1. Ver «La Capitanía General de Sevilla», del mismo autor, publicado por la Capitanía General Región Sur.

propuso a los señores académicos presentes, nombrar para académico, al Excmo. Sr. Capitán General don Pedro Agustín de Girón y por aclamación general, convinieron todos los presentes, atendidas las circunstancias y notorios conocimientos que dicho señor tenía en las ciencias exactas y naturales, que era muy acreedor a que se despachase este título, en el que, recibía un nuevo esplendor la Academia. Así se hizo, comunicando dicho acuerdo, una comisión que visitó personalmente al capitán general. Le correspondió el número 357.

En la sesión siguiente, uno de febrero, el secretario, leyó un oficio de don Pedro Agustín Girón dando las gracias a la academia por el honor que le dispensaba. Así mismo el Sr. Conde de Cantillana, dio cuenta de haber cumplido la comisión nombrada, con entregarle el título de académico al capitán general, quien repitió los ofrecimientos que de antemano había hecho y aseguró, que asistiría a las reuniones de la academia en cuantas ocasiones se lo permitieran sus muchas obligaciones. Hasta el mes de abril, las asistencias que del capitán general se anotan en el libro de acta, son frecuentes. Al celebrarse el día 12 del indicado mes, las elecciones estatutarias para nombramiento de nueva Junta de Gobierno, fue elegido Don Pedro Agustín Girón para la dirección de la academia, cargo que habría de desempeñar por espacio de dos años como era reglamentario. Pero, sólo pudo desempeñar su cometido durante seis meses, al tener que marchar destinado a la Corte. Fue sustituido accidentalmente por el académico mas antiguo, hasta las nuevas elecciones que tuvieron lugar el 24 de abril de 1835, en que, fue elegido nuevo director, recayendo la elección en, don Manuel María del Marmol. Al capitán general se le otorgó el título de académico Preeminente, con fecha 28 de septiembre de 1838.

JUAN NEPOMUCENO JUSTINIANO ARRIBAS

Poca es la información en el aspecto militar, que hemos podido conseguir de este académico.

Su partida de bautismo esta fechada en Sevilla. El cura párroco de la Iglesia del Sagrario de la Catedral hispalense certifica, que en el libro 76 al folio 71 vuelto, figura que el 3 de septiembre de 1821,

fue bautizado, Juan Nepomuceno, nacido el día antes, e hijo de Manuel Justiniano y María de la Salud Arribas, naturales de Sevilla.

A la edad de 29 años, era Justiniano, capitán graduado de Caballería, encontrándose destinado en el regimiento de Lanceros de Montesa n.º 13. La situación europea en 1848 influyó notablemente en España, sucediéndose las intentonas revolucionarias en distintas capitales. Justiniano se vio implicado en las ocurridas en Madrid, apoyando en todo momento las decisiones del general Narvaez que supo reprimirlas. Contrajo matrimonio el 22 de abril de 1850, con Dolores Navarro López.

El 12 de febrero de 1852, estando destacado en Ocaña (Toledo), elevó instancia al Fiscal Militar del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, solicitando le fuesen aplicados, los beneficios del Real Decreto de indulto de 5 de enero, por haber contraído matrimonio sin previa licencia, protocolo muy exigente y dilatado, que era obligatorio cumplir. La contestación del Fiscal, en la que declaraba al interesado comprendido en el indulto, agregaba lo siguiente: «pero entendiéndose la gracia, sin opción a los beneficios del Montepío Militar, a no morir en acción de guerra o de sus resultas, pues que el grado de capitán lo ha obtenido con posterioridad al himeneo».

De nada servía esta aclaración, ya que la esposa de Justiniano murio muy joven, como se deduce de la partida de defunción fechada el 3 de junio de 1855, en la que el cura párroco de San Marcos de Madrid, confirmaba haber dado sepultura al cadáver de M.^a Dolores Navarro de 24 años, natural de Sevilla, casada con Juan Nepomuceno Justiniano, capitán de caballería en situación de reemplazo. Vivían a la sazón en la calle Reyes n.º 20 bajo.

Han transcurrido 15 meses de viudedad, cuando Justiniano eleva instancia a la Reina que dice:

«Señora: don Juan Justiniano y Arribas, capitán de caballería en situación de reemplazo en esta ciudad, de edad de treinta y cinco años, y estando viudo, como lo acreditan los documentos adjuntos. A.V.M. con el más profundo respeto expone: Que deseando contraer segundas nupcias con doña M.^a de los Dolores Márquez González, de estado soltera, natural de la Villa del Coronil y vecina de esta dicha ciudad, por unirme a ella las mayores simpatías y tenerla comprometida su palabra».

«Suplica rendidamente a V.M. se digne concederle su Real Licencia para contraer matrimonio con la referida doña María de los Dolores y cumplirla su oferta, gracia que no duda conseguir del magnanimo corazón de V.R.M., cuya vida guarde Dios muchos años». Este escrito está fechado en Sevilla el 22 de setiembre de 1856.

Habrían de transcurrir algunos meses, para que el capitán Justiniano, recibiera el deseado escrito, que con el sello del Ministerio de la Guerra y el número 42 del protocolo, decía:

«Confirmándose la Reina (Q.D.G.) con el parecer de ese Supremo Tribunal en acuerdo de once del actual, ha designado conceder a don Juan Nepomuceno Justiniano y Arribas, capitán de Caballería en situación de reemplazo, la Real licencia que solicita para casarse con doña María de los Dolores Márquez González, de estado soltera, con opción a los beneficios del Montepío Militar».

«Lo digo a V.I. de Real Orden para conocimiento de ese Supremo Tribunal y efecto correspondientes». Estaba fechado en Madrid el 18 de febrero de 1857. Meses antes, el capitán Justiniano se vio implicado en las sublevaciones y altercados de las calles de Madrid, a consecuencia de la crisis gubernamental provocada por O'Donnell, el 13 de julio de 1856. Los progresistas se sublevaron y en Madrid hubo sangrientos luchas callejeras. Restableció O'Donnell la Constitución de 1845, disolviendo las Cortes y llevando a cabo varias reformas de carácter liberal. El capitán Justiniano, siguió siempre las directrices de su general.

Su ingreso en la Academia de Buenas Letras se produce, como consecuencia de haber obtenido el segundo premio del concurso literario convocado por la corporación, correspondiéndole, la rosa de plata y el título de académico honorario. En el acto público que se celebró en dicha fecha, presto juramento en manos del director de la Academia, Sr. Cerro, siguiendo el protocolo contenido en el reglamento de la indicada corporación. Era el 16 de mayo de 1844 y le correspondía ocupar el número 430 del escalafón general.

JUAN SENOVILLA RESELLADO

Nació en Cuellas (Segovia), el año 1785. A los 22 años ingresó en el batallón de estudiantes de Toledo. Transcurrido un año pasó

a la academia militar de San Fernando (Cádiz), donde realizó los estudios de preparación para su ingreso como oficial, objetivo que alcanzó el 24 de abril de 1811, siendo declarado apto para el empleo de subteniente del Real Cuerpo de artillería y destinado a la fábrica de fusiles de Granada. En dicho centro permaneció ocho años, ascendiendo a capitán en diciembre de 1819. Tras algunos cambios de destino, obtuvo vacante en la Fundición de Cañones de Sevilla, donde estuvo otros ocho años. Durante este tiempo, contrajo matrimonio con la sevillana María Trinidad de Arnaiz Becquer.

Militarmente se destaca en la defensa de Cádiz, durante la guerra de la Independencia y en la Batalla de Chiclana en 1811.

Durante la guerra civil de 1833 a 1836, actúa con brillantez en los sitios de Vitoria, Guetaria y Bilbao, sobresaliendo su proceder el 28 de mayo de 1836, mandando la artillería de San Sebastián. Con el empleo de comandante, al haber ascendido ese mismo año, tuvo una feliz y eficaz actuación al lograr con el fuego de su artillería desalojar al adversario de la orilla del río Urumea, permitiendo que fueran perseguidos por la caballería. Por esta acción, Senovilla fue condecorado con la cruz de 1.^a clase de San Fernando, y sus artilleros con la mención honorífica.

Cuando ascendió a coronel de artillería en 1839, fue nombrado director de la fábrica de fusiles de Sevilla, donde realizó una importante labor de mejora y organización. El indicado establecimiento militar estaba ubicado en el antiguo colegio de los P.P. dominicos, situado en la Plaza de Santo Tomás, aldaño con la Lonja y la Catedral.

Posteriormente, en 1843, intervino Senovilla en la defensa de Sevilla cuando fue atacada y bombardeada por las fuerzas del general Espartero y mandadas por el general Van Halen. La eficacia de la artillería de Senovilla, logró contrarestar la del enemigo.

Nombrado director, para la construcción de unos caminos en la provincia de Málaga, que serían costeados por el Consulado de dicha capital, su buen hacer quedó patente, hasta el punto, de que cuando fue reclamado para un destino militar, el propio Arzobispo de Málaga elevó escrito al Ministro de Estado y del Despacho de la Guerra, exponiéndole con todo género de detalles la importante labor que estaba realizando Senovilla, suplicándole fuese autorizado a seguir, hasta terminar la misión emprendida, como así sucedió.

El 21 de diciembre de 1850, fue nombrado director de la fábrica de pólvoras de Murcia, tras la meritoria labor desarrollada en la fábrica de fusiles de Sevilla. Hemos de recordar, que siendo Senovilla, teniente coronel, se le ordenó que informase sobre las posibilidades de dicha fábrica de fusiles, y si debía cerrarse o en caso contrario, el modo de mejorarla. Su informe favorable, con algunas modificaciones en la forma de trabajar para alcanzar mayor rendimiento, permitió a Sevilla continuar algún tiempo más con aquella industria.

Durante los años 1847 y 48 formó parte de una comisión de artillería que viajó por el extranjero para ver y estudiar las fábricas militares.

En la fábrica de Polvoras de Murcia le llegó la edad de retiro, estableciendo su residencia en Madrid, donde falleció el 16 de junio de 1855.

Estaba en posesión de la cruz y placa de la Real Orden de San Hermenegildo.

Su ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, se produce el 7 de junio de 1844, según indica el acta de dicha sesión que dice: «Los señores Navarrete y Campos, censores de la Memoria trabajada por el Sr. don Juan Senovilla, presentaron su opinión, después de leída y cerciorada la Academia por el Sr. Navarrete de hallarse conforme el pretendiente con ella, procedió a la votación, que secretamente verificada, por unanimidad fue recibido, determinándose le despachara el oportuno título y por un oficio fuese invitado a prestar el juramento de costumbre».

Dicho juramento tuvo lugar, en la Junta del día 14 de junio, haciendo el Sr. Senovilla su ofrecimiento y buenos deseos, de contribuir al importante fin que la Academia se proponía. En el escalafón general, Senovilla figura, con el número 431 de los académicos.

AGUSTIN ARMENDARIZ

En la sesión celebrada el viernes 7 de febrero de 1845, el secretario de la academia Sr. Novaillac, dio cuenta de una proposición realizada por los Sres. académicos Zapata y Villanueva, para que fuese nombrado académico honorario, el Excmo. Sr. don Agustín

Armendariz, Intendente en la actualidad, de la Real Casa. Admitida por todos los presentes la sugerencia indicada, se acordó que expedido en la forma acostumbrada, se le diese al Sr. Villanueva, que tenía que desplazarse a la Corte, el nombramiento del Sr. Armendariz, para que se lo entregase en mano, figurando con el número 432 del escalafón de académicos ingresados.

A pesar de esta distinción al Señor Armendariz, no se consiguió que el Rey autorizara la devolución a la academia, de los monumentos arqueológicos existentes en los Reales Alcázares de Sevilla, que habían sido solicitados en marzo de 1846.

Fue don Agustín Armendariz, Intendente General de la Real Casa y del Patrimonio, es decir, jefe superior de los servicios de administración militar, hoy llamamos de Intendencia, cuya categoría jerárquica esta asimilada a la de general de brigada. La voz «Intendente», es palabra francesa que se introdujo en España con la dinastía borbónica a principios del siglo XVIII, sustituyendo a los antiguos Veedores y Contadores de sueldo. El año 1846, fue llamado el de las bodas reales, porque en él se celebraron los matrimonios de Isabel II, con don Francisco de Asís y el de su hermana la Infanta Luisa Fernanda con el duque de Montpensier.

El conde de Montemolin, que era uno de los pretendientes rechazados, lanzó una proclama anunciando que se levantaría en armas. Fue alertado el ejército. Mientras, nuestro Intendente Armendariz, administraba la Corte madrileña desde el aspecto militar de la Casa Real y guardias.

Armendariz estaba en posesión del título de Caballero de la Gran Cruz de Isabel la Católica. Fue Ministro de Hacienda y Senador del Reino, habiéndole sido concedido el título de marqués de Armendariz.

JUAN DE LA PEZUELA Y CEBALLOS

Nació en Lima el 16 de mayo de 1809, al encontrarse su padre ocupando el puesto de Virrey de Perú. A los ocho años llegó a España, siendo agraciado, con el título honorario de capitán de caballería, de los Arqueros del Perú, en donde aprendió el servicio de

las armas. A instancias de su padre, siguió la carrera castrense, aunque su verdadera vocación fuesen las letras.

Por R.D. de 30 de enero de 1830, el Rey, Fernando VII, le confirió la Primera compañía del regimiento de caballería del Príncipe, que se encontraba alojado en el cuartel de Almagro, de Madrid.

Transcurridos dos años es destinado a la guarnición de Zaragoza, donde permanece hasta abril de 1834, que es ascendido a comandante de escuadrón.

Formando parte de la columna mandada por el brigadier Nogueras, sale de la capital maña, para intervenir en numerosas acciones militares. En una de ella, es herido en tres ocasiones por disparos de balas. Se niega a ser evacuado, continuando al frente de su unidad. Enterado sus superiores, anotan su comportamiento de Heroico. Una vez recuperado, es destinado a Pamplona para que se ponga al frente de una columna de infantes y 400 caballos, que tiene como misión limpiar de facciosos todo el bajo Aragón. Logra el objetivo y es distinguido cinco veces, con otras tantas menciones honoríficas. Los éxitos de Pezuela llegan hasta la Corte. El Rey, lo distingue, nombrándolo jefe de la 1.^a división de caballería, de Aragón, dándole amplios poderes de actuación, ya que el famoso guerrillero «el cura Merino», que se había pasado a los carlistas, hacia correrías por las provincias vascongadas.

Aunque Pezuela no logra su objetivo de capturarlo, consigue que Merino abandone España. Regresa Pezuela a Madrid, aunque al poco tiempo ha de volver a salir, para combatir nuevamente en el Norte, contra los carlistas.

Un año después, la Reina Regente, madre de Isabel II, le concede el grado de coronel de caballería por los meritos contraídos en España, especialmente en las acciones de Estella y Montejurra, en noviembre de 1835.

Distinguido en las operaciones sobre Morella y Cheste, es premiado con la Cruz de San Fernando de 1.^a clase y en enero de 1848 por Real Orden, alcanza el empleo de brigadier. Con este empleo es destinado con carácter provisional a Santander, para ejercer el cargo de comandante general y jefe político de la provincia, a fin de que organice y ponga en orden aquel sector.

A los pocos meses, cumplida su misión con el beneplácito de la Corte, muy satisfecha de la inteligencia y lealtad del brigadier, fue

nombrado jefe de la 2.^a brigada de caballería, que radica en Vitoria. Realiza importantes misiones y vuelve a distinguirse, al batir al cabecilla Cabrera que contaba con fuerzas mas numerosas. Por este hecho, el general de división Borzo, jefe del sector, lo felicitó públicamente concediéndole el honor, de que desfilase por delante de toda la división formada, que le presentaban armas.

Continuo Pezuela operando con el ejército del Centro, hasta que por R.D. del 3 de mayo de 1839, le concede la superioridad, cuatro meses de permiso sin rebaja de sueldo, a fin de que descanse y se reponga de sus heridas.

Ante los graves sucesos que ocurren en Sevilla como consecuencia de la llamada *crisis del pan*, en abril de 1847, la Reina Isabel II, envia a Pezuela a la capital andaluza a sustituir al gobernador civil, para cuya misión lo ha ascendido a teniente general.

Pezuela, que ya era conde de Cheste, solicita del capitán general de Andalucía, que lo era don Ricardo Shelly, que declare el estado de sitio. Asi se hace, y Pezuela logra normalizar la situación y poner orden. Una vez conseguido el objetivo, regresa a Madrid, donde ha de intervenir para sofocar los sucesos de 1848. Graves hechos de carácter revolucionarios, en los que perdería la vida el más famoso general, don Diego de León, llamado la Primera Lanza de España.

En el aspecto literario, comenzó Pezuela a darse a conocer, cuando en 1832, presentó un poema a un concurso establecido por la Academia Española, que fue premiado. Realizó importantes traducciones, aportando numerosos comentarios a la *Jerusalén liberada* de Tasso; la *Divina Comedia* de Dante; Las *Lusiadas* de Camoens, entre otras obras. En 1845, ingresó en la Academia Española, y dos años más tarde, siendo capitán general de Andalucía fue nombrado académico honorario de la de Buenas Letras.

A propuesta de los señores Novillac y Zapata, fue votado su ingreso siendo admitido por unanimidad. Se hizo la aclaración de que, había sido admitido por ser, un «letrado distinguido y tener circunstancias extraordinarias para ello, sin que sirva de ejemplo en lo sucesivo la categoría militar que ostenta». Su número en el escalafón fue el 438.

El día 21 de mayo de 1847, hizo don Juan Pezuela su juramento en la academia, leyendo a continuación el canto diez y seis, tradu-

cido, de la Jerusalem, de Tasso. El Sr. Pezuela, obtuvo durante su lectura muestra del aprecio que hacían los académicos de su trabajo. Terminada la lectura, el director Sr. Alvarez, hizo las reflexiones oportunas sobre la labor del Sr. Justiniano, mostrando el justo deseo, de premiar el mérito del nuevo académico, al que por unanimidad se acordó concederle el título de Numerario.

Cuando por su carrera militar fue destinado a Puerto Rico, continuó su labor académica, fundando en aquella isla el año 1850, una academia a imagen y semejanza de la Sevillana de Buenas Letras.

FRANCISCO DEL HOYO

Era un niño cuando ingresó como voluntario en la Armada. Después de cuatro años de aprendizaje pasó a las Antillas para prestar servicios como marinero. A su regreso a España fue nombrado alférez de fragata, solo tenía 18 años. Había nacido en Sevilla, el año 1791. Para contraer matrimonio, hubo de elevar escrito al Consejo de Guerra, solicitando autorización. Componían dicho Consejo, los señores, marques de las Amarillas; marques de Alcocebar; Antonio Ruiz del Real; José Velasco; Francisco de Eguía; Diego de Quevedo; José Genaro Salazar; Felipe González Vallejo y Juan Ibañez de la Rentería. El Consejo, dirigió el escrito al Rey Fernando VII, exponiéndole los deseos del alférez del Hoyo, en los siguientes términos:

«Señor: Don Francisco del Hoyo, alférez de Fragata de la Real Armada, suplica a V.M. le conceda licencia para casarse con doña Josefa María Colwel Saco».

«El capitán general del Departamento de Marina del Ferrol, ha remitido la instancia y el Fiscal Militar dice, que los documentos están conforme a lo prevenido en el reglamento del Montepío militar y posteriores Reales resoluciones, y no halla inconveniente en que se condesienda con esta solicitud; pero sin opción a los beneficios del citado Montepío, la mujer e hijos del referido oficial, a no morir este en acción de guerra».

«El Consejo en vista de todo, es de parecer, que se conceda al expresado don Francisco del Hoyo, la licencia que pide para casarse con doña Josefa María Colwel Saco, pero sin que esta interesada,

ni sus hijos tengan derecho a los beneficios del Montepío militar, a no morir aquel oficial en función de guerra».

«V.M. sin embargo resolverá lo que sea más de su Real agrado».

La contestación del Rey fue afirmativa y nuestro personaje pudo contraer matrimonio.

En el año 1829, fue designado Hoyos para jefe del observatorio astronómico de San Fernando (Cádiz), dadas sus cualidades y demostrados conocimientos que tenía sobre tales materias. Durante doce años desempeñó con éxito la misión encomendada y en 1841, fue elegido por la Superioridad, para regir el Colegio Naval, establecido en el Palacio de San Telmo de Sevilla. Los méritos acumulados por Hoyos, influyeron de manera decisiva para ser ascendido a brigadier, empleo que obtuvo en 1846 continuando de director del Colegio Naval de Sevilla. Transcurridos cuatro años es elegido diputado a Cortes, representando a la capital andaluza, sin perder su condición de marino en activo, lo que le permitió en 1853, desempeñar el cargo de Jefe de Escuadra.

Con anterioridad, el 14 enero 1848, Don Francisco Alvarez, director de la Sevillana de Buenas Letras, entregó a los censores Sres. Fernández y Zapata, una Memoria del brigadier don Francisco de Hoyos, a la sazón director del Colegio de San Telmo, sobre la geografía griega en los tiempos de Homero y en los de la Escuela de Mileto, que fue muy bien acogida por la Academia. Se procedió a la votación correspondiente, siendo admitido el Sr. Hoyo, como académico Honorario. Al escalafonarlo, le correspondió el número 441.

Posteriormente, el 17 de marzo de 1848, leyó un trabajo titulado «Biografía de cuatro marinos sevillanos», que comenzaba diciendo:

«Digna es de gran alabanza, la providencia tomada por la municipalidad de Sevilla, en poner a varias de sus calles el nombre, que recuerda sucesos gloriosos para España o el de los grandes hombres que produjo. Pero como no haya sido posible tener presente, a todos los hijos ilustres de esta ciudad, no es de extrañar que hayan sido olvidados algunos, que ciertamente hacen honor no tan sólo a ella, sino también a toda la nación española, tales son, los almirantes, don *Cayetano Valdes*, don *Antonio de Ulloa*, don *José Espinosa y Tello* y el capitán de navío don *José Mendoza Rios*. Al hablar de estos cuatro, no se entienda que son los únicos marinos ilustres que

haya producido Sevilla, pero nos ceñimos a ellos por que han sido nuestros contemporáneos. Presentaremos extracto de su vida, para que se tenga un conocimiento aproximado de sus eminentes meritos y servicios, porque estamos persuadidos, que sera recibida con placer esta noticia por la culta Sevilla, que tan amante es, del buen nombre de sus distinguidos hijos».

Seguidamente desarrolló un estudio biográfico de cada uno de los cuatro marinos indicados. Como curiosidad, recogemos lo que indicaba Hoyos, señalando que, don Cayetano Valdés, nació en el n.º 4 de la calle Imagen, el 28 de septiembre de 1767; don José Espinosa y Tello, en la morada de los Condes de Aguila situada en la Plaza de Maldonado, parroquia de San Juan de la Palma, el día 25 de marzo de 1763; don José Mendoza Ríos en la calle Nomolerás, parroquia de S. Vicente, el día 15 de septiembre de 1763, y don Antonio Ulloa, en la calle Clavel n.º 1, el 12 enero 1716, (aunque en aquella época esta casa tenía su puerta principal en la calle de las Armas). Como final, sugería los nombres de las calles sevillanas que debían ser sustituidas por los marinos. Así decía, que:

La calle del Clavel debe llamarse calle del Almirante Ulloa; la calle de la Imagen, debe llamarse calle del Almirante Valdes; la calle del Laurel, (calle que sale a la casa de los condes de Aguila), debe llamarse calle del Almirante Espinosa; y la calle de Nomolerás, debe llamarse calle de Mendoza Ríos.

Nuestro militar académico, falleció en Sevilla en 1854, a poco de cumplir sesenta y tres años.

TOMAS DE REINA Y REINA

Hijo de Cristobal Reina y María del Carmen Reina, nació en Sevilla el día 11 de abril de 1821.

Desde su más tierna infancia, aspiró a seguir las huellas de su paisano Daoiz, ingresando a los 15 años en el Colegio de artillería, que desde el 4 de agosto de 1829, y por Real Orden, estaba ubicado en el Colegio de San Ciriaco y Santa Paula, de Alcalá de Henares.

Allí realizó sus estudios. Transcurridos tres años salió de la academia con el empleo de teniente.

Destinado al Departamento de Castilla la Nueva, fue enviado a

las unidades reales que luchaban contra los carlistas en las provincias de Toledo y Ciudad Real.

En febrero de 1839, pasó al ejército del norte a las ordenes del general Espartero, demostrando su buen hacer en las acciones sobre Ramales, Guardamino y Olmedilla (Guadalajara) por las que fue premiado con el ascenso a capitán del ejército, siendo agregado a la Plana Mayor del general don Manuel de la Concha, permaneciendo en dicho destino hasta el final de la guerra en 1840. Nombrado teniente de artillería, asesor del mando en la brigada de montaña, desarrolló su labor, por los distritos militares de Cataluña y Andalucía, durante cuatro años.

Ascendido a capitán del Real Cuerpo de artillería en julio de 1847, es nombrado secretario de la subinspección del indicado Cuerpo, en el 3.º departamento, ubicado en Sevilla. Merece la felicitación de sus superiores, por la eficaz actuación en las violentas refriegas callejeras, que tuvieron lugar en Sevilla en la noche del 13 de mayo de 1848, motivadas por la vehemente oposición del diputado Iribarren, de que se celebrase la feria de abril. La actitud de los seguidores de Iribarren, desembocó en auténtica insurrección, en la que se vió arrastrado el ejército. Entre las numerosas bajas que se produjeron, destacan la muerte del coronel Aguilar, director de la Fundición de cañones y las de otros dos oficiales. A final de este año, Reina pasó a la Fundición de cañones como jefe de uno de sus talleres, permaneciendo en dicho destino siete años, hasta que ascendió a teniente coronel de artillería y fue nombrado Primer jefe, de la brigada que se organizaba en Cádiz, con destino a Puerto Rico. El 6 de agosto de 1855, embarcó en Cádiz llegando a la isla de las Antillas tras 23 días de navegación.

Permaneció en dicha guarnición hasta enero de 1861, en que el capitán general de la isla, lo designó Jefe de la comisión encargada de adquirir armas para el Ejército Español, en Liverpool (EE.UU.) y en Bélgica. Cumplida dicha misión regresa a España. Transcurrido unos meses, se le ordena regresar nuevamente a Puerto Rico. Encontrándose en Cádiz para embarcar, recibe la orden de que se incorpore a la Plana Mayor de la artillería sevillana. Allí transcurren dos años. Al ascender al empleo de coronel, es nombrado director de la fábrica de artillería de Trubia, donde permanece tres años. Marcha en comisión al extranjero, acompañando al general

Elorza. A su vuelta, redactó unas importantes memorias, aportando todas las noticias de aplicación al ejército español, recogidas durante el viaje.

En enero de 1876 asciende a brigadier, siendo nombrado vocal de la Junta Superior Facultativa. Junta que pasaría a presidir dos años después, al ascender a mariscal de campo.

Al poco tiempo, marchó como subinspector de artillería a Cuba, siendo designado comandante general en Matanzas, cuyo destino ocupó hasta junio de 1883, en que fue nombrado gobernador civil de la Habana y comandante general de la plaza. A finales de julio de 1884, fue relevado en el primer cargo por un civil, don Joaquín Gorostegui, y en el militar por el general Chinchilla, regresando a España. Fijó su residencia en Madrid, quedando en la situación de cuartel. Dos años más tarde, por R.O. de 25 de septiembre, se le nombra fiscal de la Causa Sumarísima, para depurar la conducta de los jefes y oficiales del regimiento infantería Garellano y de caballería Albuera, por su intervención en los sucesos ocurridos en la noche del 19 de septiembre de 1883, provocados por perturbadoras intentonas republicanas.

Al cumplir la edad reglamentaria en 1889, pasó a la situación de reserva, fijando su residencia nuevamente en la capital de España, falleció a los 75 años, encontrándose veraneando en el Escorial.

Escritor de temas históricos y orador de excelentes dotes, cooperó a la restauración del Rey Alfonso XII, que quiso premiarle con un alto cargo al que renunció, dado su estilo de hombre modesto.

Ingresa en nuestra academia el 28 de abril de 1848, con el título de Honorario y el número 452.

Informada la Academia en la junta del 2 de mayo de 1862, que su académico honorario don Tomas de Reina, trasladaba su residencia a nuestra capital, acordó de conformidad con la propuesta de la Junta de Gobierno, que ocupase la vacante de Numerario que existía en la sección de literatura. Eran director, el Sr. Alvarez y secretario don Gabriel Ruiz de Apodaca.

DIEGO NAVARRO SOLER

Hijo de Lucas Navarro y de Concepción Soler, nació el 8 de julio de 1814, en la provincia de Almería, en un lugar llamado Cuevas de Vera.

Trasladado a Madrid para realizar sus estudios, ingresó voluntario en el ejército, en el cuartel de Torrejón de Ardoz (Madrid), alcanzando en 1836 el empleo de subteniente de Milicias por sus eficaces intervenciones en varias acciones militares. Dos años después ascendió a teniente de infantería siendo destinado al regimiento n.º 2 de la Guardia Real y un año más tarde a capitán, por méritos de guerra. Pasó al regimiento de Borbón, destacando sus actuaciones en los combates de Alcolea y provincia de Valencia a las ordenes del teniente general Leopoldo O'Donnell. Durante algunos años permaneció en el Ejército de Levante y más tarde en el del Centro, a las ordenes del mariscal de campo Francisco Javier Aspiroz, interviniendo en acciones guerreras por las provincias de Cuenca, Guadalajara y Albacete.

Cuando asciende a teniente coronel en 1849, pasa a la situación de reemplazo en cuyo estado permaneció diez años, siendo destinado posteriormente al regimiento de Málaga, de guarnición en Lérida. Tras algunos cambios de destinos y residencia, asciende a coronel el 10 de octubre de 1868, quedando de reemplazo en Madrid, a las ordenes del Ministerio de la Guerra.

A los 58 años es nombrado jefe del regimiento infantería Ceuta. Al frente de un batallón de su regimiento, sale en persecución de la partida carlista de Cipriano Hernández, alias *El Posadero*.

En enero de 1874, al establecerse en España la República, el ministro de la Guerra lo nombró comandante militar de Vinaroz y jefe de la 19 brigada. La ciudad atacada por los carlistas, el 17 de febrero, tiene que capitular. En vista de ello, se ordena abrir juicio sumarísimo contra el comandante militar de la plaza, que lo era Diego Navarro. A consecuencia del mismo, es relevado de su cargo y obligado a vivir en Valencia. Allí permanece hasta fin del mismo año, en que se le autoriza a trasladarse a Madrid, en espera del resultado de la Sumaria que a la larga, le fue favorable.

Una vez cumplido la edad reglamentaria en el empleo de coronel,

pasó a retirado en julio de 1876. Durante mucho tiempo fue redactor de periódicos y revistas, firmando sus trabajos con el seudónimo de *El dómine terrores*. Murió en Madrid el año 1891.

Su ingreso en la Academia de Buenas Letras se produjo, cuando en la Junta de primero de junio de 1849, el censor Sr. Navarrete, tras informar de la Memoria que don Diego Navarro Soler presentaba para su admisión, fue leída a todos los académicos. En la indicada Memoria, el autor exponía la historia de la mineralogía desde la más remota antigüedad, y los métodos de enseñanza en las materias, que se conocían en Europa, analizando particularmente los de España. Seguidamente se pasó a la votación, resultando admitido por unanimidad; después de lo cual, el Sr. Navarro prestó el debido juramento y tomó asiento entre los demás académicos. Le correspondió el número 465 del escalafón.

MANUEL MONTORO Y PIMENTEL

Hijo de Antonio Montoro y María del Carmen Pimentel, nació en Sevilla el 12 de diciembre de 1809. Pocos meses antes de cumplir los 17 años ingresó como artillero voluntario en el tercer regimiento de artillería ubicado en Sevilla. Permaneció en la indicada unidad hasta cumplir los 24 años, y con esta edad fue admitido por gracia especial, en el Colegio de Artillería de Segovia, dadas sus extraordinarias cualidades. Terminado sus estudios, vuelve al regimiento de origen con el empleo de teniente, interviniendo en la persecución del carlista Gómez durante sus correrías por Andalucía. En marzo de 1837, es nombrado jefe de un importante convoy de efectos militares, que han de ser custodiados desde la Maestranza de artillería de Sevilla a la de Madrid. Aunque durante el recorrido, los carlistas intentaron apoderarse de su contenido, la buena defensa que les hizo Montoro, logró entregarlos en su destino sin ninguna pérdida, ni retraso.

En 1839, asciende a capitán del ejército y al año siguiente a capitán de artillería. Solicita destino en Filipinas, marchando a Manila donde queda de guarnición, hasta que en enero de 1843, le es asignado la alcaldía y comandancia militar de una provincia al norte de la isla de Luzón, donde permaneció hasta fin de año 1847. Regresa

a la península incorporándose al regimiento 3.º ligero de Sevilla, siendo destacado a una batería que ocupaba posición en la costa gaditana. Al cumplir doce años de antigüedad en el empleo de capitán, y con motivo del natalicio de la princesa de Asturias, fueron ascendido al empleo de comandante del ejército numerosos capitanes, correspondiéndole este beneficio a Montoro.

En su nuevo empleo, es nombrado jefe del detall de la Maestranza de artillería de Sevilla, hasta el 23 de agosto de 1856, que se le destina a Seo de Urgel y posteriormente a Melilla, haciéndose cargo del mando de la artillería de la plaza, bajo las órdenes del gobernador militar, brigadier don José Morcillo, que la defendía de los ataques de los moros.

En septiembre de 1859, al ascender a teniente coronel de artillería, ya lo era del Ejército, fue destinado como subdirector a la fábrica de fusiles, instalada en Sevilla por R.D. de 9 de junio de 1809, de la que era entonces su director, el coronel de artillería, don Manuel Fernández de los Senderos. Esta fábrica hubo de cerrar el año 1861 por cuestiones demasiado prolijas para este relato y que ya han sido relatadas en otro trabajo titulado *Cuatro industrias sevillanas, poco conocidas*.

Quedó disponible Montero y Pimentel, y al poco tiempo, teniendo en cuenta sus excelentes cualidades fue destinado como Primer Profesor y jefe de estudios de la Academia de artillería de Segovia donde permaneció hasta el 5 de diciembre de 1863, que por R.O. fue nombrado vocal de la Junta Suprema de Justicia en Madrid, con el empleo de coronel graduado de Infantería y comandante de artillería, arma de su especialidad. Fue distinguido como, Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica y Caballero en la de Carlos III.

En la junta académica de 21 de marzo de 1851, siendo director de Buenas Letras, don Francisco del Cerro, a propuesta de los Sres. Le-Roux y Ruiz Apodaca, se propuso para académicos supernumerarios a cuatro señores, siendo uno de ellos don Manuel Montoro y Pimentel, capitán de artillería. La Academia acordó, que pasase esta propuesta al Censor don Fernando Santos y que en el caso de ser favorable su informe, se consultase a la 3.ª sección, ciencias matemáticas, mecánica y astronomía, que era donde los nuevos académicos deseaban ingresar.

En la sesión del 28 de marzo, fue leído el informe del Censor y de la 3.^a sección, referente a la admisión de los académicos solicitantes, siendo estos, favorables a los interesados. Efectuado el escrutinio de la votación, fueron admitidos, acordándose en consecuencia que, se le expidiesen los oportunos títulos y se les citase para jurar y tomar posesión.

En cumplimiento de lo acordado, el Sr. Montero Pimentel y los otros recipiendarios, hicieron el juramento sobre los Estatutos, tomando asiento. El Sr. director les dió la bienvenida y expresó a los nuevos académicos lo mucho que la corporación esperaba de su ilustración y celo. En nombre de los cuatro nuevos académicos, uno de ellos, el Sr. Hernández Callejo, pronunció unas palabras de agradecimiento, representando así a sus compañeros, por la honra que les había sido dispensada. Al nuevo académico Don Manuel Montoro, le correspondió el número 505, del escalafón general.

JOSE TRUYAS Y GEAS

Este catalán, nacido el 15 de mayo de 1806 en Barcelona, comenzó estudiando para médico. A los 18 años obtuvo el diploma que lo titulaba. A partir de entonces y durante siete años se especializó en cirugía. Como complemento a la medicina, estudió cuatro cursos de química y laboratorio. Pero antes de ingresar en el ejército se diplomó en filosofía en la universidad de la ciudad condal.

El 8 de setiembre de 1835, a la edad de 29 años, opositó a Sanidad Militar obteniendo el diploma correspondiente, siendo nombrado médico Primero, de la Plana Mayor del Ejército de operaciones del Norte, atendiendo el hospital militar de San Sebastián durante el sitio y bombardeo de dicha plaza. Posteriormente cuando los carlistas bloqueaban Logroño y otras ciudades, estableció un hospital de sangre en Portugalete, que estuvo dirigido personalmente por él. A finales del año 1835, y ante la grave epidemia de tifus declarada en Puebla de Arganzón (Burgos), se trasladó a dicha población al objeto de controlarla, siendo contagiado y estando a punto de morir. Una vez restablecido se le encargó de la dirección del hospital de Miranda de Ebro.

En enero de 1839, por R.O., es destinado como primer ayudante

de cirugía al regimiento de infantería del Príncipe, que se encontraba en Pamplona. Sus excelentes condiciones de organizador, obligan al mando a destinarlo al hospital de San Sebastián, donde permaneció cuatro años. En 1845 vuelve a ser destinado a unidades combatientes y se le nombra médico del regimiento de caballería del Infante, Lanceros 3.

Transcurren cinco años. A primeros de octubre de 1850 llega a Cádiz para encargarse de la dirección del hospital militar de aquella plaza. En marzo de 1851 pasa a Sevilla, por habersele encomendado la Subinspección de la Sanidad Militar de Andalucía, misión que desarrolla durante cuatro años, hasta que es enviado a las Antillas como jefe local y director del hospital general de la Habana. En dicho destino permaneció hasta su muerte, ocurrida en aquellas latitudes, el 11 de julio de 1857.

Antes de ingresar en la Academia Sevillana de Buenas Letras, ya lo había hecho en la Sociedad de Amigos del País de la ciudad de Tarragona y nombrado socio de la Academia Sevillana de Ciencias Exactas y Naturales.

En la junta celebrada el 3 de diciembre de 1852 en Buenas Letras, se leyó la proposición, en la que se solicitaba fuese nombrado académico supernumerario, el Licenciado en Medicina, perteneciente a la Sanidad Militar, como oficial de dicho servicio, don José Truyas, y estando cumplidas todas las formalidades de Estatuto, se procedió a la votación, resultando admitido académico en la clase expresada. El director, a la sazón el Sr. Alvarez, dispuso que se oficiase a dicho señor con objeto de que, concurriese a la Junta inmediata, para hacer la promesa, de Estatuto y tomar posesión.

En efecto, en la sesión del día 10 de diciembre, el Sr. Truyas, hizo en manos del Sr. director la promesa de Estatuto y tomó asiento entre los demás académicos. Le correspondió el número 529, de los académicos ingresados.

JOSE CANOVAS ALEDO

Nació en Totana (Murcia), el 15 de marzo de 1882. Era hijo de Alejandro Cánovas Martínez y M.^a Pascuala Aledo Carlos.

El 15 de marzo de 1898, ingresa como cadete en el colegio de

artillería, que a la sazón se encontraba ubicado en el Seminario de Nobles de Madrid, ó antiguo convento de Atocha. Desde agosto de 1837, debido a la aproximación de las fuerzas carlistas a Alcalá de Henares, en donde se encontraba entonces el indicado colegio, se trasladó de dicha ciudad a la de Madrid. Tras un primer año de estudios y disciplina los continua en Segovia, donde se ha reintegrado el colegio a propuesta del teniente general don Francisco Javier de Oms, marqués de Casteldosrius, director general de artillería, quién lo solicitó y obtuvo, del ministro de la guerra, al haber capitulado y abandonado Segovia las fuerzas carlistas que la ocupaban. Hasta 1843, permanece Cánovas, en el Alcázar de Segovia, instruyéndose para oficial de artillería, de donde sale con el empleo de teniente, para incorporarse al segundo regimiento de artillería ligera con base de Alicante. En dicho destino, interviene en el sitio de Cartagena, en marzo de 1844, mandando una batería de morteros en el ejército mandado por el general Roncalí. Su bien hacer y eficacia, le proporciona el ascenso a capitán de Ejército. En 1846, pasa como ayudante de profesor al Colegio de Segovia, donde permanece dos años. A partir de este tiempo, es destinado a Sevilla, haciéndose cargo del taller de moldes en la Función de Cañones. Al ascender a capitán de artillería, continua en el mismo establecimiento, hasta que finalizando el año 1853, solicitó marchar voluntario a Filipinas. Embarca en Cádiz, y llega a Manila el 15 de setiembre de 1854. Durante cuatro años sigue las vicisitudes del ejército en las islas de Poniente. Ascende a comandante de artillería y es enviado a Conchinchina en agosto de 1858, interviniendo en la ocupación de Turón, el actual Saigon, tras dura resistencia de los asiáticos. Por su valiente comportamiento y meritoria labor, le fue concedida la Cruz de San Fernando de 1.^a clase y la de Caballero de la Legión de Honor de Francia. A consecuencia del duro clima ecuatorial y la siempre penosa vida de campaña, le produjeron altas fiebres que le imposibilitaron de toda actividad, teniendo que ser evacuado a un hospital de Manila.

Transcurridos dos meses, sin que Cánovas mejorase de su dolencia, fue enviado a España desembarcando en Cádiz. Tras severo tratamiento médico y el correspondiente restablecimiento, fue dado de alta, siendo destinado al tercer regimiento de artillería en Sevilla, donde permaneció hasta su retiro el 9 de junio de 1862, con el

empleo de teniente coronel del ejército y comandante de artillería. Solicitó residir en Totana (Murcia), petición que le fue concedida. El sueldo de retirado que le correspondía por el empleo de comandante, ya que el de Ejército era siempre honorífico, ascendía a 640 reales de vellón al mes.

Cuando marchó a Filipinas ya había ingresado en la Academia de Buenas Letras con el número 531 del escalafón general. Este acuerdo fue adoptado en la Junta del 21 de enero de 1853, encargándose el secretario 1.º, Sr. Arenas Díaz, de comunicárselo para que asistiesen a la Junta del día 28 de enero, al objeto tomar posesión y hacer la promesa de Estatuto.

Cuando el Sr. Truyas, estuvo destinado en Manila, fue nombrado socio de número de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Filipinas. A partir de dicha fecha la indicada Corporación mantuvo correspondencia con la Sevillana de Buenas Letras.

ANTONIO DE GRAZIA ALVAREZ

En la junta celebrada por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el 13 de enero de 1854, el académico numerario Sr. Jiménez, manifestó que don Antonio Grazia Alvarez, médico militar del Cuerpo de Sanidad de la Armada y profesor de cirugía de la Universidad de Sevilla, residente en La Carraca (Cádiz), le había remitido un ejemplar de una «Guía médico quirúrgica», para uso de los capitanes de la Marina y de posible utilidad para los Sres. profesores de la Armada Nacional que publicó en 1852, y otro ejemplar, de la traducción de un opúsculo publicado en inglés por Jorge Ross, con el título de: «Observaciones clínicas y reflexiones sobre la hidropesía», cuyas obras destinaba a la biblioteca de la Academia, encargándole al propio tiempo, que hiciera presente a esta, su deseo de ser admitido en su seno en la clase de académico supernumerario. Tomada en consideración la petición y apoyada por el Censor Sr. Navarrete, se procedió a la votación de la que fue admitido. Seguidamente el Sr. Jiménez, presentó una carta del interesado en la que el Sr. Grazia le autorizaba, para que hiciese en su nombre la promesa de Estatuto, si se le dispensaba, «la honra de acceder a su pretensión», razón por la cual se procedió a llevar a cabo dicha for-

malidad, otorgándosele el número 539 del escalafón general de académicos ingresados.

En el aspecto castrense, ningún otro dato hemos podido obtener de este médico militar.

FERNANDO DE GABRIEL RUIZ DE APODACA

Nació en Badajoz el 19 de enero de 1828. Hijo de Francisco Javier de Gabriel Estenón y de María de los Dolores Ruiz de Apodaca y Gastón de Iriarte. Su abuelo materno, fue el almirante Juan Ruiz de Apodaca, conde de Venedito.

Ingresó en el Colegio de Artillería de Segovia con 13 años y tras superar el primer año de estudio, ascendió a subteniente del arma. Dos años más tarde, obtiene el empleo de teniente siendo destinado al 5.º regimiento de artillería, de guarnición en Madrid, permaneciendo en el mismo hasta el año 1847. El año 1854, contrajo matrimonio con la señorita sevillana, Elisa López de Moral y Nuñez de Prado. En el transcurso de diez y nueve años alcanzó los empleos de capitán, comandante y teniente coronel. Con este último empleo, fue destinado a Sevilla como secretario de la Subinspección de artillería, en cuyo destino se le encargó la preparación y entrega del material de guerra necesario para la guerra de Africa de 1859-60. Ascendido a coronel, demostró su capacidad para el mando, en el que ejerció como Primer jefe del 3.º regimiento de artillería, en las difíciles circunstancias políticas que, vivió España durante el año 1866 y siguientes. Pidió el retiro al objeto de intervenir en política, ya que dentro del ejército, estaba prohibido.

Ruiz Apodaca, que adoraba la milicia, se consagró con entusiasmo a cantar literariamente, las glorias militares de España.

Pero además de militar y poeta, quiso ser político, por lo que fue elegido diputado a Cortes por Sevilla desde 1864 al 67 y posteriormente gobernador civil de Málaga y Cádiz.

Durante el sexenio revolucionario iniciado en septiembre de 1868, el propósito de Gabriel Ruiz de Apodaca fue siempre apoyar la restauración de la monarquía en el hijo de Isabel II. A tal fin se constituyó secretario de la Junta directiva alfonsina establecida en Sevilla. Fundó el periódico, «*La Legitimidad*», y el *Círculo Político*

sevillano. A partir de 1876, colaboró intensamente a favor de la política de Cánovas del Castillo.

Con el número 545, ingresó en la academia de Buenas Letras como supernumerario el 22 junio 1855, y el 16 enero 1857 como Numerario. A lo largo de los años desarrolló diferentes cometidos. Fue eficaz secretario 1.º y exigente censor².

El año 1872 fue elegido el Sr. Gabriel Ruiz Apodaca, Vicedirector. En las elecciones del 4 de junio de 1875 constituía la corporación los siguientes señores: Fernández Espino (que era el director), Marquez Jiménez, De Gabriel Ruiz Apodaca; Pages del Corro; Segovia; Ruiz; Rodríguez; Santos; Sota; López Sánchez; Campos; Guichot; Chiralt; Alcaide, Solís, Tubino, Portillo; Amores; González; Millet; Góngora; Asensio; Machado; Palacios; Becquer y Moreno. En total 27. De ellos, aplicándoles el reglamento a los que no habían asistido por lo menos a la tercera parte de las Juntas celebradas, el secretario, a la sazón don Gonzalo Segovia informó que, solamente podía votar 15 académicos para la elección de cargos. En vista de los datos aportados se procedió a la votación y verificado el escrutinio dio el resultado siguiente: Don Fernando de Gabriel y Ruiz Apodaca, trece votos; don Francisco Pages del Corro, un voto y papeletas en blanco una.

Proclamado el nuevo director, este dió las gracias, manifestando en cuanto estimaba la honra que acababan de dispensarle, y cuán difícil iba a serle reemplazar a su esclarecido antecesor. Añadió que procuraría hacerlo lo mejor posible hasta donde sus débiles fuerzas alcanzasen, empleando el mayor celo, unido al mas ardiente amor a la corporación. Terminó diciendo, que S.M. el Rey atendiendo mas a su benevolencia que a sus propios merecimientos, le había honrado con la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, merced que ofrecía gustoso a la Academia.

Contestó al nuevo director en nombre de los reunidos, el Sr. Domínguez Bécquer.

2. El 6 de febrero de 1860, se verificó en la iglesia de San Benito, el armar caballero y la toma de hábito de la Orden militar de Alcántara a nuestro don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Una compañía del regimiento Inmemorial del Rey con bandera y música hizo los honores. Asistieron los Infantes duques de Montpensier. El acto se celebró ante un numeroso público, dado lo desconocida de esta ceremonia en Sevilla.

La plaza vacante de Vicedirector la ocupó Don Fernando Santos de Castro tras la votación correspondiente.

El Sr. De Gabriel permaneció de director hasta abril de 1882, desarrollando una positiva labor, demostrando sus cualidades e iniciativas.

Publicó numerosos artículos y libros entre los que pueden destacarse, «*La reseña militar del viaje de S.M. la Reina Doña Isabel II a Andalucía en 1862*» y la «*Historia de la Real Maestranza de caballería de Sevilla*».

En cierta ocasión, corría el año 1863, el escritor francés Mr. de Latour le dedicó las siguientes palabras: «Don Fernando de Gabriel y Ruiz Apodaca es un capitán de artillería que lleva dignamente la espada y el hábito de Alcantara de sus antepasados; que une al mas simpático carácter, conocimientos literarios muy extensos, y que cuando sus deberes militares se lo permiten, sabe ser, como acaba de probarlo, un notable escritor».

Falleció en Madrid en 1888 y la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, le dedicó un emotivo acto necrológico, el 7 de diciembre de dicho año. En él, el secretario 1.º de la Corporación, don Luis Montoto y Rautenstrauch, leyó un discurso que comenzó diciendo: «Pago tributo a la muerte el perfecto caballero, el militar pundonoroso, el político honrado, el eximio literato, el sentido poeta, el Excmo. Sr. Don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca». Tras exponer los valores que adornaban al extinto y afirmar, que desde su ingreso en 1857 hasta 1878, que dejó la dirección, su trabajo por la academia fue continuado y eficaz. Terminó diciendo que:

«No es aventurado decir, que por Don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca vive en nuestros días la Real Academia Sevillana de Buenas Letras».

Fue Caballero Maestrante de la Real de Sevilla; de la Real Orden de Carlos III; de la Inclita y Militar de San Juan de Jerusalem y de la Imperial de la Legión de Honor de Francia, Académico correspondiente de la Real de la Historia; de Numero de la de Bellas Artes de Sevilla y vocal de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos.

JUAN GUILLEN BUZARAN

Nació en Cartagena (Murcia), el 20 de septiembre de 1817. Huérfano de padre desde muy niño, marchó a Madrid con su madre para realizar en la capital los estudios de preparación militar. Con 15 años ingresó como voluntario en el Batallón Provincial de Lorca, ubicado en Alicante, distinguiéndose por su valor y arrojo en los combates contra los carlistas, y en la persecución del ejército mandado por Cabrera, que actuaba por el Maestrazgo. Continuó en estas misiones hasta su ascenso a subteniente, que lo fue, en febrero de 1836, pasando al regimiento infantería San Fernando, en Madrid.

Organizado el Ejército del Centro a las órdenes del teniente general don Felipe Montes, es ascendido Guillén, a alférez, interviniendo con su regimiento de la Guardia Real, en eliminar las facciones carlistas que actuaban por las provincias de Cuenca, Zaragoza y Valencia. Resueltas estas misiones, se le ordenó al Ejército del Centro apoyar al del Norte, mandado por Espartero. Nuevamente demostró Guillén su valor al combatir cuerpo a cuerpo, incluso utilizando la bayoneta calada.

Dadas sus cualidades organizativas, a principios del año 1838, es destinado como auxiliar del Cuerpo de Estado Mayor en el Ejército del Norte, ascendiendo a teniente de infantería y continuando su labor, hasta que los generales Espartero y Maroto firman el Convenio de Vergara dando fin a la primera guerra carlista.

Se presenta a los exámenes anunciados en Zaragoza, en enero de 1840, para cubrir plazas de oficial de E.M.; obteniendo una de ellas y siendo destinado al cuartel general, del teniente general, don Joaquín Ayerbe.

Por su colaboración en el planteamiento del dispositivo de ataque a Castellote (Teruel), para ocupar las minas de carbón existentes en la comarca, es premiado con el grado de Comandante, y por su valiente actuación en diferentes acciones y en la toma de Morella, se le concede la Cruz de San Fernando de 1.^a clase.

Con el ejército del Alto Aragón realiza operaciones por los Pirineos, atravesando el río Cinca. En abril de 1841 es nombrado jefe de Estado Mayor de dicho ejército, siendo destinado al Distrito de

Castilla la Nueva, en cuyo E.M. permaneció tres años pasando al gobierno militar de Extremadura. Cambia varias veces de destino pasando por Valencia, Burgos y otros lugares, hasta que en agosto de 1854, es nombrado 2.º jefe de E.M. de la Capitanía General de Andalucía. En este destino tiene que afrontar los sucesos del 22 de julio de 1856, en que los progresistas sevillanos —como los de otras capitales— se sublevaron ante la dimisión del ministro de la gobernación Escosura. Las eficaces medidas tomadas por Guillén, para solventar el conflicto, les valieron el ascenso a coronel, continuando en el mismo E.M., hasta noviembre de 1858, en que fue destinado a Valencia.

Al declararse la guerra con Marruecos en 1859, formó parte del E.M. del Cuartel General de O'Donnell, siendo condecorado con la Cruz de San Fernando de 3.ª clase. Hecha la paz, regresó a Madrid, donde permaneció hasta 1861, en que, ascendido a brigadier, fue nombrado gobernador militar de Córdoba. Tres años estuvo en la ciudad de la Mezquita, pasando con el mismo cargo a Málaga.

Al producirse la sublevación de septiembre de 1868, en Cadiz, popularizada como «La Gloriosa», el brigadier Guillén Buzarán, aunque pudo dominar la situación en Málaga, terminó siendo relevado y cesado en su cometido, quedando de cuartel con residencia en Madrid.

En dicha capital permanece hasta la restauración del Rey Alfonso XII en 1875. Entonces es nombrado comandante general de Cádiz. A finales de dicho año regresa a Madrid para formar parte del Consejo Supremo de la Guerra. Asciende a mariscal de campo en 1878, continuando de consejero hasta fin de octubre de 1884 que pasó a la reserva. Fue nombrado Hombre de Cámara de S.M. en ejercicio; Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica y Caballero de los Militares de San Fernando y San Hermenegildo.

Escritor ameno y fluido, colaboró en varios periódicos. Entre sus obras, figura la titulada «Historia de la Corte del rey Felipe III».

Ingresó como académico de Buenas Letras el 4 de abril de 1858, con el número 570, pronunciando el discurso titulado, *Juicio de Don Francisco Quevedo*, comentando el aspecto humano, literario y religioso del poeta y escritor satírico.

Don Manuel Lassala y Solera que era el capitán general de Andalucía, dio la respuesta en nombre de la Corporación, ya que en-

tonces no era preceptivo que tuviera que ser un académico. El acto se celebró en el Salón de actos de la Universidad hispalense, dando con ello cumplimiento al acuerdo de la Academia, tomado en la sesión del 5 de marzo de dicho año, en la que se determinaba que, los nuevos académicos de Número se posesionasen del cargo, en Junta general y pública, y que, en dicho acto, leyesen un discurso de recepción.

Esta junta pública y solemne a la que asistieron las autoridades civiles y militares, así como numeroso público, tuvo la particularidad de que fueran dos militares los que, en el mismo acto, tomaran posesión de sus puestos de académicos numerarios.

El acta formulada por el secretario 1.º Don Fernando de Gabriel Ruiz de Apodaca, con el visto bueno del Vice-director Sr. Fernández Espino en ausencia del director, recoge los siguientes datos: «Se abrió la sesión a la una y media de la tarde rezándose las Preces religiosas de reglamento».

«Hecha acto continuo por el Sr. Guillén Buzarán la promesa que el mismo Reglamento previene, y conducido a la cátedra por el Secretario 2.º y el infrascripto, leyó un elegante y erudito discurso en que, hizo el juicio crítico de don Francisco de Quevedo, dedicándose especialmente a probar que ni este insigne ingenio fue el juglar de la Corte, como han creído muchos, ni la protesta viviente, contra los excesos de su época como suponen algunos, pues para lo primero le sobraba dignidad, y para lo segundo, le faltaba virtud.

Terminado este discurso, tomo asiento el Sr. Guillén entre los académicos, y habiendo hecho seguidamente la promesa del reglamento, el Sr. Don Luis Ruiz y Diguera, y siendo conducido del mismo modo a la cátedra, leyó su discurso, en que narró con fácil estilo y gran copia de conocimientos la historia de la Electricidad, é hizo notar la parte que en diferentes progresos de la llamada Ciencia eléctrica, le ha cabido a algunos ilustres españoles y entre ellos, al glorioso abuelo materno de nuestro secretario 1.º, el capitán general de la Armada don Juan Ruiz de Apodaca, Conde de Venadito».

«Ocupado su asiento por el Sr. Ruiz, dirigió el Excmo. Sr. Capitán General, don Manuel Lassala, breves y oportunas frases a la Academia y al concurso todo, congratulándose de que fueran militares los dos Sres. académicos que acababan de tomar posesión; y haciendo notar con este motivo, lo unidas que siempre habían esta-

do en España las Armas y las Letras, hasta el punto, de haber seguido aquellas la mayor parte de nuestros más altos ingenios».

El mariscal de campo y académico de Buenas Letras Don Juan Guillén Buzarán, falleció en Madrid el 8 de enero de 1892.

LUIS RUIZ DIGUERI

Nació en Carabanchel (Madrid), el 25 de agosto de 1826, del matrimonio formado por don Jaime Ruiz Alren y doña Joaquina Diguery y la Riva.

Ingresó de cadete de artillería en la academia de Segovia el 8 de julio de 1844. Al año de estudio alcanzó el empleo de subteniente alumno. Continúa sus estudios y obtiene el empleo de teniente en julio de 1847, siendo destinado a 5.º regimiento del arma, de guarnición en Segovia, que era la capital del Departamento Militar n.º 5. A los pocos meses lo destinan a la brigada de montaña ubicada en Madrid, prestando los servicios propios de su empleo. Permanece en dicho regimiento hasta abril de 1850.

Nombrado teniente de la compañía de Caballeros Cadetes, regresa a la academia de Segovia donde presta sus servicios hasta finales de julio de 1855. En esta fecha se traslada a Sevilla, donde había sido destinado como teniente ayudante del taller de moldeo, en la Fundación de cañones. A pesar de su ascenso a capitán en 1856, continúa en el mismo destino hasta abril de 1862, en que pasa a la Plana Mayor del distrito de Castilla la Nueva, ocupando vacante de su empleo en la Maestranza de artillería de Madrid.

Ascendido a comandante del arma en enero de 1864, es destinado al 5.º regimiento a pie en Segovia, que fue su primer destino de teniente.

Se le comisiona para un viaje de estudio por Prusia y Austria del que deberá dar cuenta en unas amplias Memorias.

Al regreso fue nombrado secretario de la Dirección General de artillería a fin de que, aplicase las experiencias de su viaje por Europa, en beneficio de nuestros establecimientos de fabricación.

Al año siguiente fue nombrado subdirector de la Fundación de Cañones de Sevilla, con el empleo de teniente coronel.

Prestó juramento a la Constitución del año 1869, como era obli-

gatorio en todos los militares y funcionarios, igualmente que juramento de fidelidad al Rey Amadeo.

En la escala general del Ejército, alcanzó el grado de coronel con antigüedad de 29 de septiembre de 1868, permaneciendo como teniente coronel de artillería.

Su ingreso en la Academia de Buenas Letras se produjo el 4 de abril de 1858 con el número 571, desarrollando el discurso «Historia de la electricidad». Haciendo un estudio de la botella de Leyden; de la electrización por influencia del físico Franklin, inventor del pararrayos; de Galvani, el italiano que descubrió las propiedades eléctricas designadas como galvanismo, y del inventor Volta, que confeccionó una pila que lleva su nombre. Finalmente comentó, como el Capitán general de Marina, Conde de Venadito, dirigió al Rey en 1802, una Memoria sobre la conveniencia de colocar pararrayos en los buques, y las muchas aplicaciones mecánicas que ha recibido la electricidad, así como las ventajas que de su adaptación ha recibido el Ejército.

Le contestó el capitán general don Manuel Lassala, en el mismo acto que a su compañero Guillen Buzaran, y cuyos detalles han sido recogidos en el anterior personaje.

En la Junta de elecciones, celebrada por la academia el 9 de abril del mismo año, y una vez elegida la nueva Junta de Gobierno, se procedió a la elección de Presidente y secretarios de las distintas secciones, siendo elegido como secretario de la 3.^a sección, correspondiente a las disciplinas de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

LUIS VIDART Y SCHUCH

Nació en Madrid el 27 de agosto de 1833, fueron sus padres, Bruno Vidart Güsson, e, Isabel Schuch Alomar.

A los 14 años ingresó de cadete en la Academia de Artillería de Segovia. Dos años más tarde es nombrado subteniente alumno.

En diciembre de 1853, con veinte años cumplidos, asciende a teniente y es destinado al regimiento de artillería a pie, de guarnición en Madrid. Cuando se producen los sucesos de julio de 1854, iniciados en Zaragoza y seguidos en Madrid con mayor virulencia, bajo la dirección de los generales, Dulce, O'Donnell y otros. La actua-

ción de Vidart en defensa del gobierno, fue tan eficaz, que le concedieron el ascenso a capitán del Ejército³. Pero continuando como teniente de artillería, pasa al 4.º regimiento a pie de guarnición en Valladolid. Transcurrido unos meses es destinado a la 2.ª brigada de montaña, establecida en Madrid. En este destino, le sorprenden los continuos motines que provocaban los progresistas en casi toda España, hasta llegar a la sublevación de febrero de 1856, en que las calles de Madrid se vieron convertidas en campos de batallas.

La activa y valerosa actuación de Vidart, le valió ser propuesto y obtener, la Cruz de San Fernando de 1.ª clase.

Al ascender a capitán del Real Cuerpo, en mayo de 1862, es destinado al 3.º regimiento de artillería que pertenecía al Ejército de ocupación de Africa ubicado en la plaza de Tetuan. Resuelta la misión asignada a dicho regimiento, regresó a la península ubicándose en Cádiz. En la Tacita de Plata estuvo Vidart casi un año, viviendo el ambiente liberal de la ciudad gaditana, para finalmente ser destinado a la P.M. del Distrito de Castilla la Nueva, con fecha de febrero de 1865.

En este mismo año, y a voluntad propia, obtuvo la situación de supernumerario, al haber sido admitido como ingeniero⁴ en una empresa de ferrocarriles en Madrid. En esta situación le sorprenden los sucesos del 22 de junio de 1866, en el que los sargentos insurrectos de artillería, intentan sorprender dormidos a los oficiales del regimiento del cuartel de San Gil.

Aquella noche, la habitual partida de cartas con el oficial de guardia, se había prolongado más de lo habitual, y los oficiales aún están despiertos. Un grupo de sargentos y cabos, irrumpieron en el cuarto de banderas con objeto de detener a los cinco oficiales allí reunidos. Ante el hecho insólito, el capitán Torreblanca, hizo fuego con su pistola contra el grupo. El plan revolucionario fracasa, pero corre la sangre. Vidart que conoce los sucesos, se presenta al gene-

3. En esta época existían dos escalafones en el ejército; uno llamado de Ejército, en el que estaban incluidos todos los jefes y oficiales de los diferentes cuerpos, y otro escalafón, en el que, figuraban solamente los pertenecientes a cuerpos facultativos, como artilleros e ingenieros.

4. Los oficiales de artillería en esta época y debido a los estudios que realizaban en la Academia, obtenían además del grado militar, el título de ingeniero industrial civil, pudiendo ejercer libremente en esta carrera, sin perder la de militar aunque fuese provisionalmente, como era el caso de los supernumerarios.

ral Marques de Sierra de Bullones, para actuar en contra de los revoltosos. Por su gesto y brillante actuación, le es concedida la Cruz del Mérito Militar de 1.^a clase. Continúa de supernumerario.

En octubre de 1870, es ascendido por R.O. a comandante de artillería, quedando en la situación de excedente, en el distrito de Castilla la Nueva. Sin salir de Madrid, encuentra destino en el Primer Regimiento Montado.

Al declararse la guerra franco-prusiana, el comandante Vidart es comisionado para visitar los campos de batalla de Francia y Alemania, a fin, de recoger datos de la guerra entre ambas naciones y una vez estudiados deducir las enseñanzas que los mismos proporcionan.

A su regreso, y en la situación de cuartel, es elegido diputado por los distritos de Albocacer y Valmaseda. En esta situación y dadas las circunstancias gubernamentales, es disuelto el cuerpo de artillería como consecuencia de la actuación del general del arma, don Baltasar Hidalgo de la Quintana, ante el problema de la reorganización de la artillería y la cuestión de los oficiales de reemplazo. La entrevista de los artilleros con el Presidente de la República, don Nicolás Salmeron, dieron como resultado, que había que organizar un ejército capaz de ocupar las provincias vascongadas y para ello, resultaba indispensable, la artillería. El gobierno acordó nombrar como intermediario con los artilleros, al comandante y diputado Luis Vidart. Se puso este en contacto con sus compañeros, reunidos como de costumbre en un piso de la casa cuyos bajos ocupaba el cafe Suizo, en la calle Alcalá de Madrid. Tras explicarles la situación del gobierno, se tomó el acuerdo de celebrar entrevista con el Presidente del Poder Ejecutivo.

Pero, a los pocos días dimitía el Presidente Salmerón, recayendo el poder de la República en don Emilio Castelar, que resolvió la cuestión, reorganizando el Ejército y naturalmente el Cuerpo de Artillería.

Por decreto del 19 de julio de 1873, se nombra a Luis Vidart vocal de la comisión de reorganización del Ejército, destino que le otorga Castelar, a la vista de sus conocimientos sobre la cuestión militar. Posteriormente, bajo el reinado de don Alfonso XII, y a propuesta del general don Arsenio Martínez Campos, se nombra a Vidart, caballero de 2.^a clase de la orden del Mérito militar, en re-

compensa a los especiales servicios prestados. Esta distinción le fue concedida con fecha 2 de julio de 1879.

Luis Vidart, cultivó la literatura, especializándose en historia y crítica. También practicó con éxito, el periodismo y la novela, publicando numerosas obras y artículos. Conocedor de los problemas filosóficos de su época, se dejó llevar por el movimiento *Krausista*, apartándose del catolicismo, para más tarde inclinarse por el *Monismo* de Schopenhauer y Hartmann.

Su ingreso en la Real Academia Sevilla de Buenas Letras se produjo, en acto público, celebrado en la Cámara rectoral de la Universidad literaria, el día 22 de diciembre de 1867, correspondiéndole el número 577, del escalafón general. Su discurso de ingreso versó sobre el tema, «Predominio de la idea política en el siglo XIX». Comenzó su discurso, tratando de los dos sistemas filosóficos: estoicismo, que enseña que la felicidad se halla en la abstención, y el epicurismo, que afirma que la felicidad está en el placer. «Dos sistemas filosóficos que establecen una moral subjetiva y llegan a la apatía antihumana del estoico, y a la desenfrenada concupiscencia del epicúreo. Estos dos sistemas fueron en realidad la última palabra de la civilización grecoromana, cuando intenta resolver el problema del mal en las esferas prácticas». Estudia Vidart a continuación como se resuelve el problema del mal a través de la historia desde el antiguo Oriente, la Edad Media, y el Renacimiento, para afirmar: «Desconociendo estos sencillos y evidentes principios, la sociedad del siglo XIX pretende realizar la síntesis de todo bien, ora por medio de la revolución que niega las glorias de lo pasado, ora por medio de la reacción que niega las esperanzas de lo porvenir; y de todos modos siempre por medio de la fuerza material, que es la negación absoluta de la racionalidad humana».

Le contestó en nombre de la Academia, don Fernando de Gabriel y Ruiz Apodaca, también militar y artillero, y a la sazón Censor de la misma: Entre las alabanzas que dedicó al recipiendario dijo: «Títulos más que bastantes tiene el Sr. Vidart para ocupar un asiento en la academia. Oficial distinguido del brillante Cuerpo de artillería, será de hoy mas al propio tiempo digno miembro de esta esclarecida academia».

A continuación el Sr. de Gabriel comentó el discurso diciendo: «Fijemosno en el discurso que con tanta complacencia acabamos de

escuchar y paremosno en la consecuencia culminante que de él se desprende y que nacida de la más elevada observación de la humana historia, hace resaltar el Sr. Vidert en uno de sus últimos párrafos. Dirijese aquel a tratar del *Predominio de la idea política del siglo XIX*, y consiste esta, en hacer ver que no se encierra en la política la resolución del problema del mal; que otra Esfinge, amenaza devorar a las sociedades que no se apresuren a dar satisfactoria explicación del enigma, que desde la caída del primer hombre se propone con pavorosa insistencia a las generaciones que van sucediéndose».

Terminado el discurso de contestación, hizo uso de la palabra el capitán general, don José Antonio Turón y Prats, que dió las gracias a la Academia por haberle concedido la presidencia y elogiando la corporación que dedicaba sus tareas al estudio de las ramas más importantes del saber. Por último, dedico unas frases de felicitación a los académicos militares que habían intervenido en el acto, patentizando como de antiguo es bien notorio, aquel dicho de Cervantes, que confirma una vez mas, que, «nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza».

Luis Vidart, falleció en Madrid el 9 de septiembre de 1897 a los 64 años, tras una fructífera vida militar y literaria.

FEDERICO DE AMORES Y SOUSA

Nació en un bello pueblecito de la provincia de Sevilla, llamado Umbrete, el 6 de septiembre de 1837, fruto del matrimonio de Joaquín Amores Salado y Antonia Sousa Martínez. Al cumplir los diez y seis años, ingresó como cadete de artillería en la Academia de Segovia. Terminado sus estudios y promovido al empleo de Primer teniente, fue destinado al 3.º regimiento de artillería a pié, de guarnición en Sevilla. Transcurridos unos meses, se le ordena el traslado a la plaza de Ayamonte, frontera con Portugal, para ejercer el cargo de comandante militar de aquel lugar. Posteriormente, es elegido ayudante de profesor de la academia de artillería, en Segovia donde asciende a capitán el año 1864, continuando en dicho centro escolar y siendo nombrado profesor en propiedad de la asignatura de Táctica.

En marzo de 1866, alcanza el empleo de comandante de Ejército, por su brillante actuación al sofocar los sucesos ocurridos en Madrid el 22 de junio de dicho año, con motivo de la sublevación de los sargentos de artillería del cuartel de San Gil. Su actuación en la plaza del Príncipe Alfonso y alrededores, fue decisiva en la reducción de grupos sediciosos. Al año siguiente se incorpora al 2.º regimiento de artillería ubicado en Cádiz, desde donde pasa a la Pirotecnia Militar de Sevilla. En este nuevo destino en la capital andaluza, permanece hasta marzo de 1875 que asciende a comandante de artillería, marchando a Madrid a ocupar una vacante de su empleo en el 4.º regimiento Montado. Al año siguiente, su ascenso a coronel de Ejército, no le impide solicitar una vacante de comandante de artillería en la Pirotecnia Militar de Sevilla, lo que le permite volver a la capital andaluza.

El capitán general de Andalucía, como presidente de la comisión encargada para buscar emplazamiento próximo a Sevilla, que pueda ser utilizado por el ejército como campo de tiro, para pruebas balísticas y ejercicios de la tropa, designa a Federico Amores, como su más directo colaborador.

En 1881, asciende a teniente coronel de artillería y se le concede el mando de uno de los grupos del 2.º regimiento a pie de guarnición en Cádiz. Con motivo de la reorganización del Ejército en lo concerniente a la artillería, Amores hubo de pedir destino, abandonando Cádiz y siéndole asignado en 1884, el mando accidental del Tercer regimiento de Reserva, de nueva creación, ubicado en Sevilla. Transcurrido unos meses, pasa a ser el 2.º jefe de dicho regimiento, al ser destinado al mismo, un coronel como primer jefe.

Antes de cumplir la edad reglamentaria para el retiro, Amores pidió su pase voluntario a la reserva, en enero de 1887.

Con el número 578 del escalafón general, ingresó en la Real Academia de Buenas Letras, el 20 de marzo de 1870, pronunciando el discurso «Análisis bajo el prisma de las ciencias físicas y con el criterio de los adelantos modernos: la naturaleza, extensión y propiedades, de los cuatro fluidos imponderables». Le contestó por la corporación, el numerario y censor de la academia don Francisco García Portillo.

El acto tuvo lugar en la Universidad, con gran asistencia de autoridades y público. Dió comienzo a la una y media y finalizando dos horas más tarde. Terminado el discurso, el recipiendario, hizo solemne promesa de guardar los Estatutos y Reglamentos.

El director Sr. Fernández Espino, le impuso la medalla de la corporación, invitándole a tomar asiento entre los demás académicos.

VICENTE CHIRALT SELMA

Nació en Valencia el 29 de marzo de 1831. Fueron sus padres Antonio Chiralt Ballester y Rosa Selma Bayratín.

A los 15 años, ya había obtenido el título de bachiller en filosofía por la Universidad de Valencia. Un año más tarde, obtenía el segundo premio de anatomía práctica. En 1851 a los veinte años, se graduó en medicina y cirugía, desarrollando meritoria labor como médico, durante el cólera de 1854, que afectó a parte del Levante, principalmente la provincia y capital valenciana.

Se especializó en oftalmología y transcurridos tres años, ingresó por oposición como médico en el Ejército, obteniendo el empleo de Segundo ayudante y enviado a realizar su labor en el regimiento de infantería de Africa, que se encontraba en Granada.

En mayo de 1858, es destinado al hospital militar de la isla de Isabel II, en Las Chafarinas, donde estuvo veinte y siete meses hasta que, consiguió vacante en Madrid, en el batallón de Cazadores de las Navas. En febrero de 1862, fue agregado al hospital militar de Sevilla, como médico de los jefes y oficiales residentes en dicha ciudad, que se encontraban realizando diferentes comisiones del servicio. Enviado provisionalmente a Melilla regresó a los seis meses, incorporándose al regimiento de caballería Lanceros de Villaviciosa n.º 8, con el empleo de Primer ayudante médico. A los dos años, cambió de destino en la misma Sevilla, trasladándose al regimiento de caballería Santiago. Por orden del director general del Cuerpo de Sanidad, con fecha de finales de diciembre de 1869, fue trasladado al regimiento de infantería Mallorca, donde transcurrido un año, solicitó y le fue aprobado, pasar a la situación de supernumerario sin sueldo, en la plaza de Sevilla. En esta situación permaneció el plazo máximo que se concedía, que eran diez años, incor-

porándose nuevamente al Ejército. Destinado al hospital militar de Sevilla, por R.D. de 24 de enero de 1881, ascendió a médico mayor. Cumplida la edad de retiro, pasó a dicha situación.

Durante los años que permaneció en Sevilla y merced a sus aciertos como oftalmólogo, se labró un renombre, que le sirvió para doctorarse en 1869, y ser nombrado catedrático de anatomía descriptiva de la Facultad de medicina de Sevilla. El año 1871 en colaboración con el eminente doctor Góngora, fundó la revista «La Epoca Medica». Escribió numerosos trabajos de distintas índoles, teniendo gran repercusión, incluso internacionalmente, uno, dedicado al estudio y cirugía de las cataratas, aportando la utilización de algunos instrumentos ideados por él. Fue nombrado académico de la de Medicina y Cirugía de Barcelona.

El 8 de enero de 1871, en sesión pública y solemne con asistencia del capitán general don José Ramón Mackenna, dio lectura Chiralt a su discurso, titulado «Teoría de la luz como medio de la visión», tomando posesión de una plaza de numerario, en la Real de Buenas Letras, con el número 580 del escalafón general. Tras las palabras de saludo y agradecimiento desarrolló su discurso comenzando: «Os he comunicado como tema de este trabajo las relaciones de la luz con la visión; y mal podría hablaros de relaciones sin dar el conocimiento de los términos de estas, términos que es muy difícil poseer en conjunto, sin hallarse familiarizado con la Fisiología, ni aun esta bastara, si antes la Física no hubiera ofrecido prodiga sus portentosos secretos. Vamos, pues, sucesivamente a explicar lo que es la *luz* y lo que es la *visión*».

Le contestó por la corporación, don Joaquín de Palacios y Rodríguez, que tras felicitarlo y darle la bienvenida, hizo un estudio del discurso del Sr. Chiralt extendiéndose en nuevas consideraciones sobre la luz, el sol, el hidrógeno y el arco voltaico.

La actividad de Chiralt en la academia quedó patentizada, no sólo en su labor de producción, sino en la labor realizada, formando parte durante años de su Junta de Gobierno en los cargos de, Secretario 2.º, a partir de abril de 1876; de bibliotecario, desde abril de 1882 y de depositario, desde abril de 1875. Coincidiendo siempre en abril, por ser el mes en el que, estatutariamente ordena el reglamento los cambios de Junta de gobierno.

VICENTE RODRIGUEZ GARCIA

Hijo de don Antonio Rodríguez y doña Benita García, nació en Madrid el 12 de septiembre de 1806.

Ingresó como soldado en el regimiento de caballería 1.º Ligero, de la guarnición de Madrid, en febrero de 1827, es decir a los 20 años. Ello, nos hace suponer que, lo hizo cumpliendo su deber con la Patria. A los 26 meses de servicio en dicho regimiento y deseando permanecer en el ejército, fue nombrado cabo, alistándose voluntario para Filipinas. Se embarca en Cádiz, y tras tres meses de navegación, llega al archipiélago del Pacífico, el 30 de agosto de 1830. Permanece en estas islas durante siete años. Regresa a España con el empleo de sargento 2.º. En agosto de 1838, es destinado a una unidad del Ejército del Norte, cuando combatía contra los carlistas en la provincia de Santander. Sigue en esta misión hasta que, finalizada la contienda civil es ascendido a sargento 1.º, el 31 de agosto de 1840.

Al siguiente año, interviene con su regimiento en la defensa de Pamplona, en cuyas acciones, demostró gran valor y dotes de mando, siendo propuesto por méritos de guerra, al empleo de subteniente.

El año 1843, dada la manifiesta hostilidad política contra Espartero, hace necesario disolver las Cortes. A partir de mayo, la situación se hace más conflictiva. Comienza por sublevarse Málaga y le siguen casi todas las poblaciones importantes. Así ocurre en Zaragoza, donde se encontraba destinado Rodríguez García, que tuvo, que intervenir en los sucesos de la capital maña. Tranquilizada la situación, solicitó el retiro, siéndole concedida la licencia absoluta, el 2 de enero de 1844.

Durante cinco años se mantuvo Rodríguez García en esta situación, hasta que por R.O. de 10 de diciembre de 1849, tuvo que volver al Ejército, permaneciendo de reemplazo hasta que, en 1856, fue definitivamente dado de baja en el Ejército, al cumplir la edad de retiro. Estableció su residencia en Sevilla, dedicándose al estudio de la historia. A la edad de 67 años, fue llamado para formar parte de los Numerarios, de la Academia Sevillana de Buenas Letras, ingresando el día 28 de junio de 1874, con el número 588. En la toma

de posesión leyó su discurso de ingreso, titulado «La Ley Moral», contestándole en nombre de la corporación, don Juan de Dios Montesinos y Neira.

La sesión, reflejada en el libro de actas, fue en esta ocasión muy concisa. Dice lo siguiente:

«Junta pública del domingo 28 de Junio de 1874. Ocupa la presidencia el Vicedirector Sr. Fernando de Gabriel Ruiz de Apodaca. Abierta la sesión a la una y media de la tarde, con asistencia de los señores académicos anotados al margen; del Sr. Dean de Santa Iglesia Catedral; del Excmo. Sr. director Subinspector de ingenieros de este Distrito y de un público escogido de ambos sexos, se rezaron las preces del Reglamento».

«Seguidamente entró en la sala, previas las formalidades de rúbrica, al académico electo, don Vicente Rodríguez García y leyó un discurso sobre La ley Moral, terminado el cual prestó la promesa del Reglamento en manos del Sr. Vice-director, quien le impuso la medalla y le proclamó Académico de Número».

«Después de abrazar y ser abrazado de todos los Sres. académicos presentes, ocupó el Sr. Rodríguez, el asiento que le correspondía; y el Sr. Montesinos, individuo de número, leyó un discurso contestando en nombre de la Academia». Firman el acta, el Secretario 1.º, Gonzalo Segovia y el Vice-director, Fernando de Gabriel.

ANTONIO FERNANDEZ BARRETO

El oficial de infantería don Manuel Fernández Salamanca, destinado en Haití, contrajo matrimonio con la señoría Margarita Barreto Escares. De dicha unión, nació un niño al que pusieron por nombre Antonio. El nacimiento tuvo lugar el 15 de abril de 1865, en Puerto Príncipe, capital principal de la isla caribeña. Al cumplir Antonio los 15 años, ingresó como soldado voluntario de menor edad, en el 1.º batallón del regimiento de infantería La Reina, con compromiso de servir durante cuatro años. En la revista de julio de 1880, fue ascendido a cabo 2.º y en la de agosto, por disposición de su coronel, fue promovido a cabo 1.º. Transcurrido un año y dadas sus buenas aptitudes, fue destinado al Tercio de guerrillas de Puerto Príncipe, peligroso cometido, donde permaneció hasta el 18

de mayo de 1883, fecha en la que fue ascendido sargento y destinado a su primer regimiento, el titulado La Reina.

Atendiendo a su juicioso comportamiento y buenas cualidades, fue admitido para la Academia de infantería, establecida en la Habana, donde se realizaban cursos preparatorios para oficial. Era el 1 de setiembre de 1884. Permaneció, aprendiendo las disciplinas propias del arma de infantería, hasta el 29 de junio de 1887, en que, habiendo terminado con aprovechamiento el plan general de estudios, fue nombrado alférez. El 5 de julio, embarcaba para la Península, al objeto de presentarse en Madrid, al examen de ingreso, para el Estado Mayor. Tras 18 días de travesía desembarcó en Santander. Cuando se presentó en el gobierno militar de dicha plaza, al objeto de recoger el pasaporte para trasladarse a Madrid, indicó su renuncia al indicado examen, por lo que fue puesto en situación de reemplazo con residencia en Madrid. Así permaneció, hasta que en 1.º de agosto fue destinado al regimiento de Asturias n.º 31.

Su gran afición al tiro de salón, le valió obtener el 2.º premio del concurso organizado por el Distrito de Castilla la Nueva, que en esa ocasión, estuvo presidido por la Reina Regente.

En el mes de setiembre de 1889, tras haber obtenido destino en el Distrito de Cuba, embarcó en Cádiz en dirección a la Habana, donde llegó el 24 de enero de 1890, incorporándose al batallón de cazadores, Isabel II. A los pocos días de su llegada, ascendió a primer teniente, pasando a mandar una de las guerrillas, afectas a las operaciones contra el bandolerismo, en la zona de Quirian y en la provincia de Puerto Príncipe. En julio de 1893, es destinado al regimiento de infantería Isabel la Católica, incorporándose al destacamento situado en la fortaleza de La Cabaña.

A voluntad propia volvió nuevamente a las guerrillas. Asciende a capitán en 1895, permaneciendo en el Ejército de operaciones de Cuba hasta finales de 1898, que regresa a la península, al producirse su ascenso a comandante.

A partir de entonces, perdemos el conocimiento de sus actividades, que no volvemos a conocer hasta 1923, que con el empleo de general de brigada de infantería, ocupa el cargo de general jefe de la brigada de infantería en la capitanía general de Andalucía, en Sevilla. De dicha capitanía era entonces capitán general, Don Carlos de Borbón y Borbón. Continúa Fernández Barreto en el indica-

do cargo durante tres años y en 1927, al ascender a divisionario es nombrado general jefe de la 3.ª División Orgánica y gobernador militar de la plaza y provincia de Sevilla. En dicho cometido continua hasta el año 1931, que por cumplir la edad reglamentaria pasó a la situación de retirado. Mantiene su residencia en Sevilla y ocupa un importante cargo en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Su ingreso en la indicada academia se produjo, el 18 de mayo de 1923, ocupando el número 653 del escalafón. El acto de toma de posesión tuvo lugar en sesión pública, en el salón de Juntas de la Real Academia de Bellas Artes. Ocupó la presidencia S.A.R. el Infante don Carlos de Borbón, capitán general de Andalucía, y otras autoridades civiles y militares. El acto dio comienzo a las diez de la noche. El Sr. director de la Academia, don Carlos Cañal, pronunció un breve discurso agradeciendo al Infante, la asistencia al acto, demostrando con ello, que la academia, como le venía ocurriendo desde su fundación se veía favorecida por personas reales.

También hizo un efusivo elogio de la personalidad del beneficiario. Seguidamente designó a los Sres. académicos Muñoz San Román y Velasco de Pando para que acompañasen al nuevo académico, el que penetró en el salón y dió lectura a un elocuente discurso titulado, «Combatientes del siglo XVI».

El Sr. Fernández Barreto, después de la promesa de Reglamento, recibió la medalla de manos de S.A.R. y tomó asiento entre los académicos. En nombre de la corporación, el académico y subdirector, Sr. Rodríguez Jurado, saludó y contestó al Sr. Fernández Barreto, en nombre de la corporación.

Transcurrido unos años, en la junta celebrada el viernes 18 de octubre de 1929; se dio cuenta del fallecimiento del director don Gabriel Lupiáñez y de las dimisiones de diferentes señores de la Junta de Gobierno. Tomó la palabra el Sr. Velasco de Pando, justificando razonadamente la necesidad de que la vida de la academia continuase, «entre la mayor armonía y cordialidad de sus miembros».

En vista de ello, se acordó proceder a la elección de una nueva Junta de Gobierno, resultando elegido, como director, Don José Bores y Lledó y como *Vice-director don Antonio Fernández Barreto*. Esta junta gobernó la academia hasta el viernes 2 de mayo de 1930, fecha estatutaria para la elección de nueva Junta. Se procedió

a la votación, dando el escrutinio como resultado, unos nombramientos, en los que figuraban como *director don Antonio Fernández Barreto* y como Secretario 1.º don José Muñoz San Roman.

Nuestro militar académico, falleció en Sevilla, de general de División retirado y en posesión de las grandes Cruces de San Hermenegildo; de la Orden Portuguesa de Avis; de la orden cubana del Mérito Militar y de la Legión de honor de Francia.

MIGUEL PONTE Y MANSO DE ZUÑIGA

Era hijo de don Juan Ponte Ruiz Suarez y de doña M.^a Soledad Manso de Zúñiga Echevarría. Nació en Vitoria el 1 de abril de 1882. A los 13 años ingresó en la Academia de Caballería de Valladolid. Tras dos años de cadete es destinado como 2.º teniente al regimiento de Cazadores de Almansa en Zamora y cuando asciende a Primer teniente marcha al de Talavera 15 en Palencia. Con diez y ocho años es nombrado ayudante de profesor en la Escuela de Equitación, asistiendo a numerosos concursos de equitación en España y Francia. Destinado al regimiento de María Cristina en Alcalá de Henares, asiste con el mismo a la boda del rey Alfonso XIII, que tuvo lugar en Madrid el 31 de mayo de 1906.

El tres de octubre de 1909, embarca en el vapor «Cataluña» que lo lleva desde el puerto de Málaga a Melilla y desde allí a Nador, para apoyar a las fuerzas que defendían dicha población teniendo que intervenir en la conquista del monte Gurugú. En noviembre del mismo año asciende a capitán y es destinado al 2.º escuadrón de Regulares de Melilla. Durante unos años permanece en Marruecos e interviene en los combates de Monte Arruit, formando parte de la columna del general Larrea, hasta que en abril de 1912, asciende a Comandante por méritos de guerra obtenidos, tras la briosa carga que dió con su escuadrón, internándose en campo enemigo. Desarrolla su nuevo empleo en el regimiento de Húsares de la Princesa n.º 19, que se encontraba de guarnición en Alcalá de Henares. Dos años después, S.M. el Rey Alfonso XIII, lo nombra ayudante de campo, y en mayo de 1917, queda autorizado a usar el título de marqués de Boveda de Limia.

Cuando asciende a teniente coronel en febrero 1919, es destinado al regimiento de Cazadores Taxdir n.º 29, que se encontraba en Marruecos. Interviene en numerosos combates con los zocos próximos a Larache, como así mismo, en los sectores de Alcazarquivir, Ceuta y Tetuán. Durante tres años permanece en la guarnición de campaña de esta zona de Marruecos.

En febrero de 1923 es herido de gravedad en una emboscada de los moros en el desfiladero de Agla. Se defiende heroicamente y con el brazo derecho destrozado, aguanta hasta recibir refuerzos. Por esta acción se le inicia juicio contradictorio para la concesión de la laureada y asciende a coronel por méritos de guerra.

Destinado en 1925 en el Ministerio de la Guerra, escribe y publica la obra titulada «Diego de León», biografía del general que fue llamado la *Primera Lanza de España*, figura muy popular, caballerosa y romántica, que fue fusilado por intentar asaltar el palacio real y apoderarse de la Reina Isabel II. En 1926 le conceden a Ponte, el mando del regimiento Cazadores de Alcántara n.º 14, de guarnición en Melilla. Su trato afable y amplios conocimientos de la campaña africana, le permite entablar excelentes relaciones con los jefes militares de la zona del protectorado frances.

El D.O. n.º 134 de junio de 1927, publicaba el ascenso a general de brigada de caballería de Don Miguel Ponte, «por los méritos contraídos en operaciones de campaña en nuestra zona del Protectorado, desde octubre de 1925 a septiembre de 1926, con antigüedad a esta última fecha», quedando disponible en Madrid. En Marzo de 1928, es nombrado nuevamente ayudante de campo de el Rey Alfonso XIII. Ello le permite asistir a los actos, que se celebran en Sevilla en el mes de mayo de 1929, para la inauguración de la Exposición Ibero Americana, acompañando a los Reyes.

Como consecuencia de ser establecido en España el régimen republicano, Miguel Ponte, pidió el pase a la reserva, permaneciendo en dicha situación hasta que en julio de 1936 se une al Alzamiento Nacional, encontrándose en Valladolid. Se pone a las órdenes del general Saliquet. En diciembre de dicho año, asciende a general de división. Se le da el mando de una gran Unidad y actúa en diferentes frentes durante toda la guerra, siendo herido tres veces. Una vez acabada la guerra y en julio de 1939, se le nombra comandante general de Baleares. Un año después con el empleo de teniente ge-

neral, encontrándose como Jefe Superior de las fuerzas de Marruecos, recibe la orden del Ministerio de Asuntos Exteriores, de apoderarse con el mayor sigilo de la ciudad internacional de Tánger. Prepara el dispositivo estratégico y al frente de una columna, en noviembre de 1940, durante la 2.^a Guerra Mundial, se apodera de la ciudad con el fin de que España garantizase su neutralidad.

En mayo de 1941, es nombrado capitán general de la 2.^a región militar y del Cuerpo de Ejército de Andalucía con sede en Sevilla. Durante cinco años ejerce este cargo, hasta que es nombrado Presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. Al cumplir la edad de retiro, en abril de 1950, cesa como Presidente, pasando a la reserva.

En sesión pública celebrada el domingo 5 de diciembre de 1943, en el salón de actos de la capitanía general de Sevilla, tuvo lugar a las cuatro de la tarde, el acto de dar posesión de la plaza de académico numerario, al electo Don Miguel Ponte y Manso de Zúñiga, Marqués de Boveda de Limia y capitán general de la 2.^a Región Militar.

La junta fue presidida por el director de la academia don Mariano Mota Salado, numerosas autoridades civiles, militares y académicas asistieron al acto.

Rezadas las preces de reglamento, entró en el salón el recipiendario, acompañado por los numerarios Sres. Laffón Zambrano y el conde de Aponte. El Sr. Ponte leyó su discurso de ingreso que versó sobre «Fuerzas y costumbres militares en el siglo XVI».

Al terminar, después de hacer la promesa marcada en el reglamento, le fue impuesta la medalla de la corporación y habiendo sido abrazado por todos los académicos, tomó asiento entre ellos en señal de posesión, correspondiéndole el número 686.

Sustituyó a don Manuel Lora Tamayo, del cual dijo: «No vengo aquí en vacante de un llorado amigo desaparecido, por tanto no turba la alegría de mi entrada un recuerdo necrológico».

«Don Manuel Lora Tamayo cuya vacante vengo a ocupar, vive, y se encuentra en la plenitud de sus facultades, la ausencia obligada por el desempeño de importantes cargos fuera de Sevilla, es la causa de su baja como académico de número».

En su discurso, habló del cambio completo que sufre la organización militar durante el siglo XVI, no sólo en España, sino en los

países europeos: empiezan a funcionar los ejércitos permanentes y van desapareciendo los ejércitos señoriales y concejiles.

Explica esta situación y se detiene en la creación del cuerpo de Guardias Viejas de Castilla y de los Tercios, creándose para mandarlos la categoría de Maestre de Campo. Sigue don Miguel Ponte su discurso, refiriéndose a la organización y características de la Milicia en Andalucía durante este mismo período.

El discurso de contestación, corrió a cargo del director don José Mariano Mota Salado, que en nombre de la Corporación saludó y felicitó al recipiendario, felicitando a su vez a la Academia por el ingreso de la persona que viene a ocupar un sillón de esta Corporación por sus justos méritos, que han sido elevados a las más altas esferas de la cultura científica y militar. Tras una detallada biografía de la vida militar del recipiendario, al referirse al siglo XVI, comentó, que fue: «Inmenso siglo; siglo de gigantes que abrió Colón y cerró Cervantes».

Pasaron los años, y al llegarle al Sr. Ponte y Manso de Zúñiga la edad de retiro de su carrera militar, se despidió de sus compañeros de academia, cesando como Numerario y pasando a Corresponsiente. Falleció el 5 de enero de 1952, en la capital de la isla de Menorca.

ANTONIO OLLERO SIERRA

Nació en Sevilla el 16 de marzo de 1877 y fueron sus padres don Antonio Ollero García y doña Carolina Sierra García. A la edad de diez y siete años se incorporó a la Academia de Artillería de Segovia, una vez aprobado el ingreso en la misma. Como cadete permanece tres años, siendo promovido al empleo de segundo teniente y continuando en la academia hasta mayo de 1898, que terminados sus estudios con aprovechamiento fue ascendido a Primer teniente y destinado a mandar el destacamento de artillería en el Castillo de Sta. Catalina en Cádiz. A los pocos meses, por existir vacante en la Maestranza de artillería de Sevilla, pasa a este destino, donde permanece hasta agosto de 1906, que asciende a capitán, pasando a la subinspección de tropas de la 2.^a región militar en la misma plaza.

Por R.O. de 11 de diciembre de 1911, se le concede licencia para contraer matrimonio con doña Otilia Sierra Berenguer.

En noviembre, dos años más tarde, es enviado a Marruecos haciéndose cargo del depósito de municiones de Tetuán, para abastecer a las unidades combatientes, a las órdenes del comandante principal de artillería. En febrero de 1915, se incorpora nuevamente a la Maestranza de artillería de Sevilla; prestando los servicios de su empleo. Al ascender a comandante el 31 de agosto de 1918, pasa destinado al Tercer regimiento de artillería de campaña, lo que le permite seguir formando parte de la guarnición sevillana.

Promovido al empleo de teniente coronel, en julio de 1925, es destinado por segunda vez a la Maestranza de artillería de Sevilla, y transcurrido un año pasa a la Fábrica de Artillería o Fundición de Cañones.

El año 1929, vuelven los artilleros a demostrar su disconformidad con el gobierno, al ser tratado el tema de los ascensos por méritos y no por antigüedad, como deseaban, al mantener el criterio de «escala cerrada». Por un R.D. de fecha 19 febrero 1929 (D.O. n.º 39), es disuelta por cuarta vez el arma de artillería, lo cual agrava la situación de los jefes y oficiales. Ollero ha de cesar en sus cometidos y abandonar su puesto en la Fábrica de artillería, hasta el 21 de junio que fue publicado otro decreto, que extinguía todas las responsabilidades y permitía la incorporación a sus unidades a todos los que estaban separados de las mismas.

En febrero de 1931, pasó destinado a la Comandancia general de artillería con sede en Sevilla y al instaurarse la República, el 14 de abril, solicitó voluntariamente el retiro, que le fue concedido.

Al producirse el Alzamiento militar del 18 de julio de 1936, se presentó al general Queipo de Llano, que se había hecho cargo de la División, siendo destinado a la jefatura de los servicios de fabricación de material de guerra del Ejército del Sur. En este cometido realiza una encomiable labor, en beneficio de la industria militar afecta al Ejército de Franco.

Al finalizar la guerra y como resultado de la aplicación de diferentes decretos, publicados por el gobierno de Burgos, se le concede el reingreso en la escala activa de artillería con el empleo de coronel y antigüedad de 3 de marzo de 1932.

Al cumplir la edad de retiro en marzo de 1941, pasó a la situación

de reserva y en atención a los méritos contraidos, se le concedió el empleo honorífico de general de brigada de artillería.

Tres años más tarde, fue elegido académico numerario de la Sevillana de Buenas Letras, con el número 687. Su ingreso tuvo lugar el día 4 de abril de 1944, en el salón de actos de la Universidad Hispalense, sita entonces, en la calle Laraña. En dicho día, la sevillana academia celebró sesión pública a las cinco y media de la tarde, para darle posesión de una plaza de Numerario.

La junta presidida por el director de la corporación, don Mariano Mota Salado y acompañado por los Sres. académicos, entre los que se encontraban el que seguía siendo capitán general de la 2.^a Región, don Miguel Ponte y Manso de Zúñiga.

Rezadas las preces de reglamento entró en el salón el Sr. Ollero, vistiendo uniforme de general de brigada de artillería, acompañado por los numerarios Sres. Collante de Teran y Conde de Aponte. Seguidamente pasó a dar lectura de su discurso de ingreso, que versó sobre: «Algunas consideraciones históricas sobre la industria militar». Tras dar las gracias, hizo un elogio del académico don José Bores Lledó, cuya vacante era la que él ocupaba, y comenzó su discurso diciendo: «No me propongo examinar de un modo general la historia de la industria militar, y si solo, hacer algunos comentarios sobre varios de sus hechos más extraordinarios desde un punto de vista meramente histórico, con cuyo propósito, me fijaré especialmente en las circunstancias que guardan una conexión más directa, con aquellas armas que hicieron preciso, que se iniciase la ordenación de dicha industria, así como en períodos muy trascendentales de la historia Patria».

Siguió comentando la artillería del siglo XV, entrando de lleno en la construcción de las piezas, así como en el oficio de fundidores y las Fundiciones, en especial la de Málaga en 1499 y la de Sevilla a partir de 1565. Señaló la labor de los más destacados artilleros e inventores de la antigüedad, é hizo un recorrido por los establecimientos militares de fabricación, que habían existido en España.

Como final de la importancia de la industria militar española, don Antonio Ollero se reafirmó en las opiniones expuestas, comentando brevemente la labor desarrollada en la zona nacional y recordando el juicio que formuló el generalísimo Franco en Burgos, el día 4 de diciembre de 1938, festividad de Santa Bárbara: «Habeis superado

todos mis cálculos y mis esperanzas. En el orden técnico, afirmo, que el día que se sepa al detalle vuestra labor ingente, el mundo quedará asombrado y la Patria se sentirá orgullosa de vuestra labor perseverante y abnegada, si se tiene en cuenta que partisteis de la nada, y que carecisteis hasta de los más elementales medios, y en espacio de dos meses, realizasteis el prodigio de dotar de armas y municiones a un Ejército como nunca lo tuvo España y para hacer una guerra en la que es forzoso llegar al máximo desgaste bélico de las armas».

Terminado el discurso, hizo la promesa que exige el reglamento, siéndole impuesto la medalla de la corporación. Una vez que hubo abrazado a todos los compañeros, tomó asiento entre ellos en señal de posesión.

Durante veinte y dos años, permaneció don Antonio Ollero prestando su colaboración a la Academia, hasta el 14 de diciembre de 1966, que falleció.

LUIS TORO BUIZA

Nació en Sevilla el 16 de septiembre de 1900. Hijo de don José Toro y doña Luisa Buiza. A los 17 años ingresa de cadete en la Academia de Infantería en Toledo y en 1920, es promovido al empleo de alférez, siendo destinado al regimiento de infantería, Asia n.º 55 en Gerona, donde permanece cinco meses y pasa al regimiento Soria 9, en Sevilla. En septiembre de 1921, pasa a Alcazarquivir (Marruecos) siendo destacado a la posición Bar-Bas. Posteriormente prestó diversos servicios de campaña, hasta el 21 de diciembre de 1923, que regresa a Sevilla incorporándose a la compañía de ametralladoras del regimiento infantería, Granada 34. El mes de octubre del año siguiente, regresa a Marruecos, se le envía destacado a la posición de Ben-Karrich.

En julio 1927, se le concede el empleo de capitán, incorporándose a su nuevo destino, regimiento infantería, Tenerife 64, en Sta. Cruz de Tenerife, donde permanece hasta, que en febrero del año siguiente marcha a Melilla, para prestar servicios de campaña, donde permanece hasta octubre de 1930, que regresa a Sevilla al regimiento, Soria 9. Al proclamarse la República solicita el retiro, que

le es concedido en julio de 1931. Permanece en dicha situación hasta el 18 de julio de 1936, que se incorpora al ejército en Sevilla, formando parte de la columna Carranza que actúa por la zona de Huelva. Durante toda la guerra interviene en acciones militares, ascendiendo a comandante en 1937. Contrae matrimonio con doña Magdalena Delgado. Terminada la contienda es destinado como jefe Provincial del Movimiento, a las Palmas de Gran Canaria. En 1940, vuelve a Sevilla incorporándose al regimiento, Soria 9. Ascende a teniente coronel cuatro años más tarde, y es elegido ayudante de campo de los capitanes generales Moscardó y Rada en la 2.ª Región militar. Jefe de la zona de Reclutamiento y Movilización de Barcelona y más tarde de la de Sevilla, asciende a coronel en diciembre de 1951.

En la Junta celebrada por la Academia de Buenas Letras el viernes 2 de mayo de 1947, fue presentada una propuesta de Numerario, a favor de Don Luis Toro Buiza, en la vacante de don Francisco Yoldi Bereau, suscrita por varios numerarios, la cual fue puesta a votación y aprobada por unanimidad. El secretario, Rvdo. don José Sebastián Bandaran, se encargó de comunicárselo para su conocimiento y efecto.

La toma de posesión de don Luis Toro Buiza, se produjo en la sesión pública, celebrada el 30 de octubre de 1949, a las 6 de la tarde, en el salón de actos de la Real Academia de Bellas Artes de Sta. Isabel de Hungría y presidido por el director de Buenas Letras, Sr. Mota Salado. Asistiendo numerosos académicos y autoridades.

Rezadas las preces de reglamento, entró en el salón don Luis Toro, vistiendo uniforme de gala de coronel de infantería, acompañado de los académicos, Sres. García Oviedo y Fernández Alvarez, dando lectura a su discurso de ingreso, que versó sobre: «Bibliografía militar del siglo XVI».

Al terminar, después de hacer la promesa marcada en el Reglamento, le fue impuesta la medalla corporativa, y tras abrazar a los compañeros tomó asiento entre ellos.

En representación de la Academia le contestó el numerario Sr. don Cristóbal Bermúdez Plata.

Al Sr. Toro Buiza le correspondió el número 696 del escalafón. Tuvo una activa labor en la corporación, siendo elegido Vice-director en abril de 1975, cargo que desempeñó con gran eficacia hasta

abril de 1981. Escribió numerosos trabajos y fue el creador e impulsor de la Revista cultural Archivo Hispalense, que continua siendo muy cotizada en los medios culturales sevillanos, y que edita la Diputación Provincial.

Falleció en Sevilla el 8 de enero de 1985, figurando en dicho momento, con el número 2 de los académicos en activos.

LUIS ALARCON DE LA LASTRA

Nació en Sevilla el 24 de septiembre de 1891. Ingresó como cadete de artillería en la Academia de Segovia a los 15 años. Cuando sale de teniente en 1914, es destinado a Melilla, donde da pruebas de su valentía y pericia artillera.

En 1920, contrae matrimonio con la joven sevillana doña Catalina Domínguez y Pérez de Vargas. Asciende a capitán cuatro años después y vuelve a Marruecos, donde gracias a la precisión de sus tiros, hace popular su batería, hasta el punto de que es propuesto para un ascenso por méritos de guerra.

A la llegada del régimen republicano, se acoje a la Ley de Azaña, retirándose de la vida militar y dedicándose a la agricultura. Acepta la candidatura de diputado a Cortes por un partido conservador y deja oír su voz en el agitado Parlamento de aquella época, años 1931 a 1935.

Al producirse el Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936, se une al mismo, poniéndose a las órdenes del general Queipo de Llano, sublevado en Sevilla. Al constituirse la llamada columna Castejón, se le dió el mando de la artillería incluida en dicha columna. Su marcha hasta las afueras de Madrid esta jalonada de triunfos. Entre otros, la entrada en Toledo para liberar a los defensores de El Alcazar, siéndole ofrecida la medalla de oro de la ciudad. En los sangrientos combates de Chapinería y San Martín de Valdeiglesias, su sentido de la responsabilidad y el heroísmo que inculca a sus subordinados, son premiados por el mando, con la Medalla Militar individual para Alarcón y la colectiva para la batería.

Entre las situaciones claves del frente de Madrid, figura el Cerro Garabitas, donde se pone de manifiesto el heroísmo de la raza por uno y otro bando. Alarcón organiza una agrupación artillera, que

sería denominada *Agrupación Garabitas*, que sería posteriormente, la base de la posterior artillería de la postguerra.

Es herido dos veces el comandante Alarcón en las operaciones sobre la Moncloa. Una vez recuperado, le otorgan el mando de la artillería del Cuerpo de Ejército Marroquí. Ascendido por méritos de guerra a teniente coronel, continua combatiendo en los diferentes frentes de guerra con su reconocida eficacia, en Belchite, Teruel, Caspe, El Ebro, Lérida y últimamente en Peñarroya donde da fin a la guerra.

Seguidamente, es nombrado gobernador civil de Madrid asegurando el orden y el abastecimiento de la recién liberada capital. En agosto de 1939, es nombrado por el Jefe del Estado, Ministro de Industria y Comercio. Como no abandona la carrera militar, asciende a coronel en 1943, haciéndose cargo del mando del regimiento de artillería, n.º 14 en Sevilla. En 1952 asciende a general de brigada de artillería, poniéndose al frente de la jefatura de artillería de la 7.º región militar, con sede en Burgos. Cinco años después asciende a general de división. Desde este tiempo hasta 1966, se le nombra Delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir.

Fue distinguido con la Gran Cruz de Carlos III y los títulos nobiliarios de Conde de Gálvez y Marqués de Rende.

Habiendo sido elegido académico electo, don Luis Alarcón de la Lastra, conde de Gálvez, se le dió posesión del título de Numerario, con el número 704, en la sesión pública del día 27 de noviembre de 1955. El acto se celebró a las siete y media de la tarde, en el salón de actos del Museo Provincial de esta ciudad.

Fue presidido por el Rvdo. Sr. Arzobispo Administrador Apostólico de la Diócesis, Dr. don José M.ª Bueno Monreal, siendo director de la corporación, el Rvdo. don José Sebastián Bandaran.

Rezadas las preces por el Sr. Arzobispo, entró en el salón el general de artillería don Luis Alarcón de la Lastra, acompañado de los Sres. académicos Fernández Alvarez y Gutiérrez-Alviz Armario. Tras saludar a la presidencia, dió comienzo a su discurso de ingreso, titulado, «La Inquisición en Sevilla y su aportación a la historia de la ciudad, a través de documentos inéditos».

A continuación tuvo lugar el protocolo reglamentario de promesa, imposición de medalla, abrazo a los nuevos compañeros, y toma

de posesión. Seguidamente, el propio director, Rvdo. Sebastián Bandarán, le dió contestación, con la lectura de su discurso.

Durante diez y seis años, el Sr. Alarcón de la Lastra, prestó su ciencia y colaboración en beneficio de nuestra academia. Falleció en Sevilla en noviembre de 1971 a la edad de ochenta años.

VOCABULARIO PARA ACLARAR ALGUNOS CONCEPTOS VERTIDOS EN EL TEXTO

Letras de servicio. Especie de Real Decreto por el cual se daba poder a los brigadieres para mandar sobre los coroneles. Según las Ordenanzas de 1728, sin este requisito, en aquella época, se consideraban los brigadieres como un grado honorífico dentro del Ejército y su autoridad ante los coroneles sólo dependía de la antigüedad que ostentaran en dicho empleo.

Segundo Cabo. Cargo creado por R.D. de 26 de junio de 1800, para sustituir al capitán general en caso de ausencia, enfermedad o muerte.

Sargento Mayor. Desde principios del siglo XVI y hasta mediados del siguiente siglo anduvo confundido el cargo de Sargento Mayor con el de Sargento de Batalla. Desde 1702, era oficial que había en los regimientos encargados de su instrucción y disciplina; ejercía las funciones de fiscal e intervenía en todos los ramos económicos y distribución de caudales. Posteriormente fue substituido por el comandante mayor.

De Cuartel. Situación de jefes y generales que no tenían destino y disfrutaban paga inferior de los que lo tenían. Parecido a lo que luego se llamó *disponible*.

Supernumerario. Personal que a voluntad propia permanece fuera del servicio activo en determinadas condiciones que han sido formadas por la Superioridad.

Subteniente. Empleo equiparable al de alférez.

Ley de Azaña. Ley especial de retiro, dispuesta durante la 2.^a República por don Manuel Azaña, cuando ejerció el cargo de Ministro de la Guerra.

Cuerpo de Ejército. Gran Unidad táctica, capaz de recibir importantes, refuerzos de artillería y carros. Normalmente no es Unidad

logística. Esta Gran Unidad carece normalmente de fuerza aérea adaptada. Hasta la Primera Guerra Mundial, el C. de E., fue sólo Unidad estratégica.

Colegio de Artillería: Título con el que inicialmente se conocía la Academia de Artillería. Las antiguas escuelas de artillería principalmente las de Cádiz y Barcelona, se refundieron en una sola, que fue llamada Real Colegio de Artillería y ubicado en Segovia en mayo de 1764 y finalmente por R.O. de 5 de abril de 1864, se le concede el uso de la bandera nacional propia y la utilización del nombre de Academia de Artillería.

Grupo de artillería. Unidad orgánica que se compone normalmente de plana mayor, tres baterías y una columna de municiones. Cada batería puede disponer de 4 ó 6 piezas, siempre de material homogéneo.

Comisario del ejército. Cargo administrativo, cuya misión principal es reconocer, si las tropas de los cuerpos armados están constituidos según indican las Ordenanzas. Como en la actualidad sus misiones son múltiples, suelen distinguirse con el nombre del destino que desempeña.

Edecan. Título que a mediados del siglo XVIII, se les daba a los ayudantes de campo.

Sueltos. Eran aquellas unidades constituidas por gentes sueltas de otros tercios, que se reunían según las necesidades.

Reemplazo. Situación militar en expectativas de destino, para cubrir las plazas vacantes que pudieran producirse.

PROPOSITO. Con este trabajo intentamos rescatar del olvido a aquellos militares, que elegidos académicos por propios méritos, formaron parte de nuestra corporación. Hombres que ilustran en su profesión páginas de la historia nacional y enriquecieron la de esta academia, sirven hoy de ejemplo, a los que hemos de seguirles.

El nombre de estos militares, algunos de ellos de envidiable fama, que honraron nuestra academia, ha sido el estímulo, que nos animó a realizar este trabajo, con la sola pretensión de que, sea aprovechable no sólo al militar estudioso, sino a todo aquel, que, investigue sobre aquellos académicos de Buenas Letras, que fueron militares.

Limitamos nuestra aportación, a los datos encontrados en el Archivo General Militar (Segovia), Archivo General de personal del Ministerio de Defensa, Servicio Histórico Militar (Madrid), Biblioteca de la 2.ª Región Militar Sur (Sevilla) y Archivo de esta Corporación.